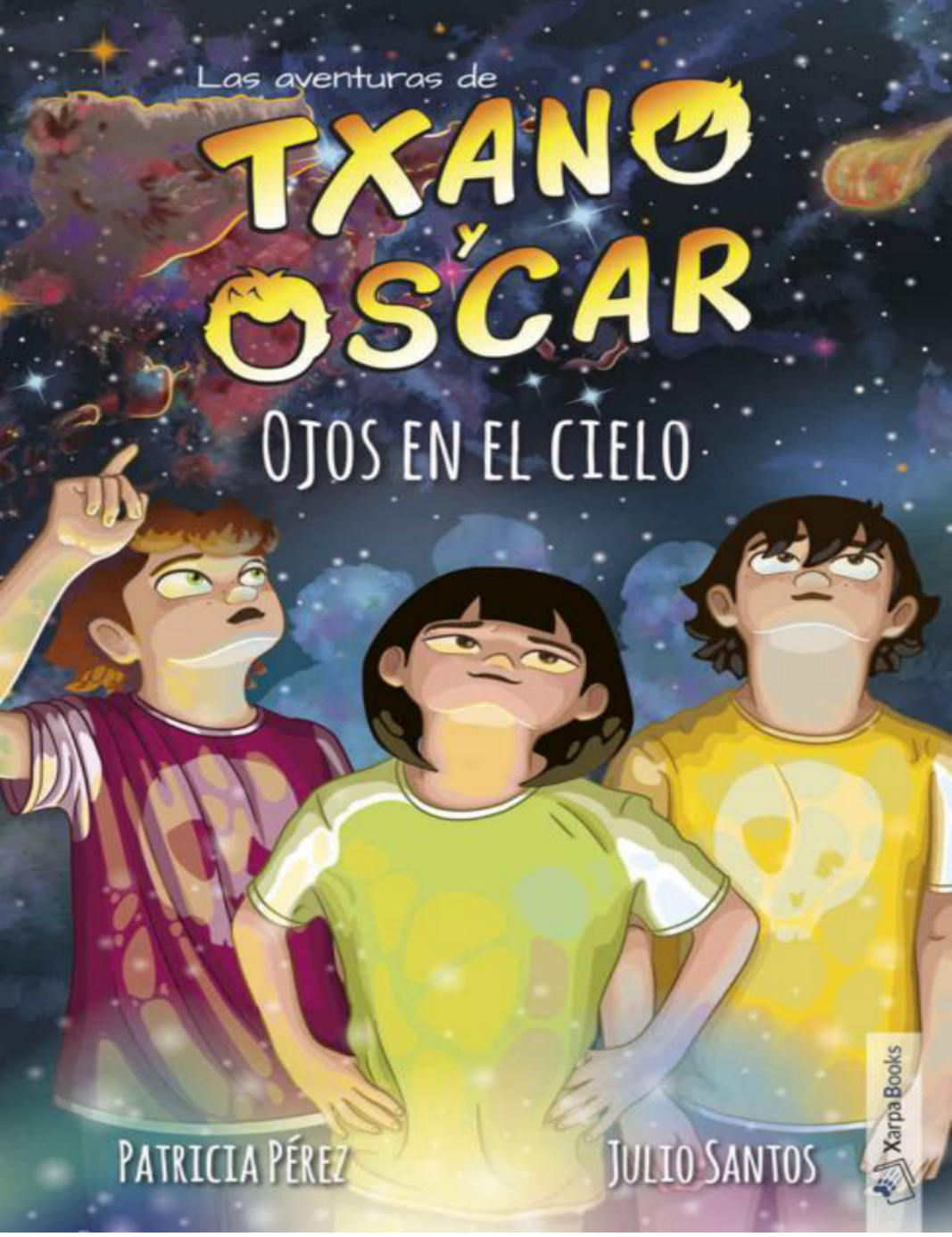

Las aventuras de
TXANO Y OSCAR
OJOS EN EL CIELO
PATRICIA PÉREZ
JULIO SANTOS
Xarpa Books

Índice de contenido

Presentación
Introducción
1. Pesadilla
2. El Museo del Cosmos
3. Defensa planetaria
4. Ojos en el cielo
5. Susto nocturno
6. Confesiones
7. ¿Algún asteroide?
8. Yo, yo, yo
9. Una disculpa
10. Alerta
11. Un punto brillante
12. Cromatitas
13. Vibraciones
14. La sorpresa de Kay
15. La sorpresa de Antonov
16. Ciencia y magia
17. Bajo la mansión
18. Los antiguos
19. El reencuentro
20. La reina
21. Vuelta a la superficie
Otros libros de la colección…

Las aventuras de

TXANO Y OSCAR

OJOS EN EL CIELO

Ilustraciones | Texto
Patricia Pérez | Julio Santos

Xarpa Books

TXANO
ÓSCAR
Hola, mi nombre es Txano y el de aquí al lado es mi hermano Óscar. Somos mellizos, aunque yo soy el mayor porque nací cinco minutos antes y ya verás que eso se nota.
RAÚL
SONIA
ESMERALDA
Ellos son Raúl, Sonia y Esmeralda, nuestros superamigos. A los cinco nos encanta cualquier cosa que suene a misterio y tenemos un cuartel general en la casa del árbol de nuestro jardín.

La más pequeña de la familia es nuestra hermana Sara-Li. Ella encontró a *Maxi* en una caja de cartón en la calle y convenció a mamá para traerla a casa.

SARA-LI

Nuestra pequeña amiga se llama *Flash*, una ardilla muy especial.

FLASH

MAXI

El del pelo rojo y la barbita rara es nuestro padre. Se llama Alejandro, pero todos le llaman Álex. Tiene una tienda de antigüedades en la ciudad.

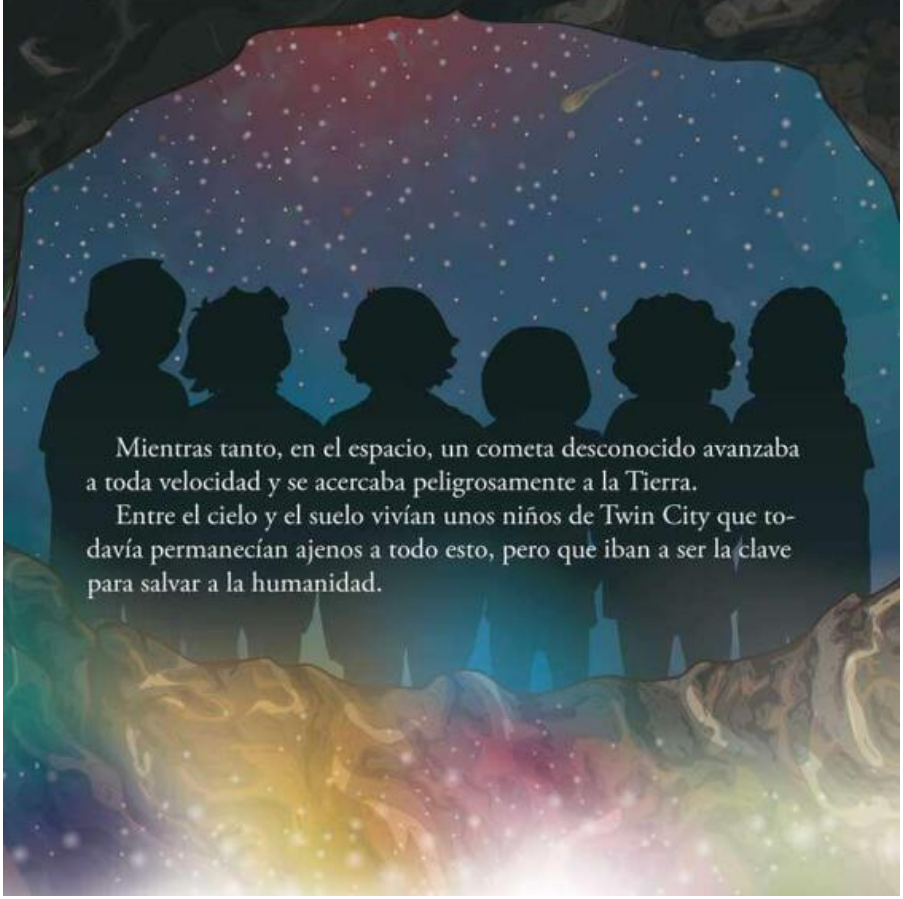
Mi madre se llama Bárbara y es traductora. Cuando está enfadada, su nombre se queda corto.

BÁRBARA

ÁLEX

En lo profundo de nuestro planeta, alumbrados únicamente por la luz que ellos mismos generaban, unos seres venidos de otro mundo avanzaban devorando la piedra a su paso.

Para alcanzar su objetivo, se guiaban por las corrientes de energía que fluían entre las rocas y la magia de una pequeña joya portada por una niña.



Mientras tanto, en el espacio, un cometa desconocido avanzaba a toda velocidad y se acercaba peligrosamente a la Tierra.

Entre el cielo y el suelo vivían unos niños de Twin City que todavía permanecían ajenos a todo esto, pero que iban a ser la clave para salvar a la humanidad.

En algún momento de la noche me desperté. Bueno, no me desperté yo. Me despertó la imagen de una especie de velociraptor con alas que se había materializado de repente en mi cabeza.

A pesar de estar todavía medio dormido, sabía que aquello no podía ser real, pero en una habitación oscura en medio de la noche, la realidad podía ser algo un poco lejano.

Asustado y protegido bajo las sábanas, escuché a mi alrededor. El silencio era total. Reuní todo el valor que pude, aparté un poco la tela que me separaba del mundo y abrí los ojos en la oscuridad.

Una ligera claridad proveniente de las rendijas de la persiana era lo único que iluminaba la habitación y perfilaba algunas formas que podía reconocer.

Durante unos segundos, permanecí atento a cualquier sonido. Ya sabes cómo se agudizan los sentidos en esas ocasiones. Creo que, si un gusano se hubiera arrastrado por el suelo en ese momento, lo habría escuchado.

Pero nada.

Ningún ruido.

Ningún movimiento.

Estaba a punto de girarme para intentar retomar el sueño cuando escuché a Óscar.

—¡No! ¡No! ¡Déjame en paz! —farfulló Óscar desde la cama de al lado.

Me volví hacia él.

—¿Qué pasa? ¿Estás despierto? —susurré.

Mi hermano no me respondió, pero siguió agitándose en su cama.

—¿Óscar? ¿Estás bien? ¿Quién te tiene que dejar en paz?

—¡Quita! ¡Aparta! ¡No me atraparás! —gritó con voz asustada.

Estaba claro que no hablaba conmigo. Aquello tenía toda la pinta de ser una pesadilla y yo no sabía qué hacer.

Si le despertaba, igual le ahorraba el mal trago, pero ¿y si resulta que era sonámbulo o algo así? Había escuchado que no era bueno despertar a los sonámbulos y que era mejor esperar a que ellos mismos se despertaran o se volvieran a dormir.

No tenía ni idea de qué o quién le estaba persiguiendo, pero su agitación crecía y se movía a un lado y otro de la cama. Parecía

imposible que pudiera seguir dormido.

¿Tendría algo que ver con el bicho que había visto yo en mi sueño? Sería mucha casualidad.

De repente, otra vez la imagen del bicho en mi cabeza, pero en esta ocasión abalanzándose sobre mí. Fue solo un momento, pero empecé a sentir un terror profundo. Un terror que no era mío. Estaba viviendo el miedo de mi hermano y aumentaba a medida que crecía su agitación.

Hasta ahora nuestra telepatía solo había funcionado mientras estábamos despiertos, pero esta vez estaba funcionando mientras Óscar estaba dormido. Y no estaba escuchando palabras o imágenes. Estaba sintiendo lo que él sentía.

Pensar en lo mal que lo estaba pasando mi hermano me hizo vencer el miedo a la oscuridad y me senté en el borde de la cama pensando en qué hacer.

De repente, Óscar se incorporó y puso los brazos por delante como protegiéndose de algo.

Entonces gritó.

Y mientras el grito salía de su garganta, un flashazo de luz superpotente me tiró de espaldas en la cama y me dejó ciego durante un buen rato.

Cuando pude volver a ver, Óscar estaba sentado en su cama y me miraba con cara de susto.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué haces ahí tirado? —me preguntó.

—¿Que qué hago yo? La pregunta es qué te ha pasado a ti. Parecía que estabas teniendo una pesadilla y te movías como loco. Algo te estaba persiguiendo.

—Sí. Me perseguía un dinosaurio raro.

—¿Era una especie de velociraptor con alas? —pregunté estando casi seguro de la respuesta.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

—Porque he visto su imagen en mi cabeza. Me la has trasmitido en sueños y me ha despertado.

—¡Bufff! Pues intentaba correr para escapar, pero era como si las piernas me pesaran mogollón. Iba superlento y al final me ha alcanzado. Justo cuando estaba a punto de comerme, me he despertado y te he visto ahí tirado.

—¡Pues justo antes de despertarte, has pegado un flashazo!

—¿Un flashazo? ¿Cómo que un flashazo?

—Estaba sentado en la cama pensando en despertarte y, de repente, has gritado y un flashazo me ha tirado de espaldas y me ha dejado

ciego. Tienes que haber sido tú.

Óscar me miró sorprendido. Después se miró las manos y las iluminó como habíamos aprendido a hacer.

Aquello alumbró la habitación y podía sentir la tensión de Óscar intentando subir el nivel de luz, pero, incluso a tope de brillo, no se acercaba ni de lejos al flashazo que me había cegado. Al final, se rindió.

Si esta es la primera aventura nuestra que lees, igual lo que estoy contando te sorprende un poco, pero Óscar y yo, aparte de la telepatía, también teníamos la capacidad de iluminar las manos.

—Yo no sé hacer flashazos —dijo mientras se miraba las manos apagadas en la penumbra de la habitación.

—Pues aquí no hay nadie más y te aseguro que yo no he sido —repliqué.

Óscar se encogió de hombros.

—Mira, me parece que esta noche no vamos a sacar nada en claro por más vueltas que le demos —dije volviendo a meterme bajo las sábanas—, y, por si no te acuerdas, mañana tenemos la visita al Museo del Cosmos.

—¡Ostras, es verdad! Tengo que entrar el primero para poder usar el simulador del róver marciano —dijo mi hermano mientras se metía también en la cama.

Entre el susto de la pesadilla y los nervios de ir al museo, no fue fácil quedarse dormido. La salida con el cole del día siguiente era algo que llevábamos tiempo esperando y seguro que iba a ser muy especial. Lo que ninguno de los dos imaginábamos era que esa visita al Museo del Cosmos iba a ser el comienzo de otra aventura alucinante.

Al día siguiente, el alboroto en el autobús que nos había llevado al museo había sido general.

Todos estábamos ansiosos y expectantes, pero mi hermano se salía de la gráfica. Ya le conoces. No tiene término medio y cuando está nervioso, está muy nervioso.

En cuanto pasamos los controles de acceso, salió corriendo para llegar el primero al simulador del róver Perseverance. ¡Y lo consiguió! Cuando llegamos los demás, ya estaba jugando con los controles para mover el robot por una recreación de la superficie marciana que, por cierto, era alucinante.

Pero la ilusión le duró el tiempo que tardó en darse cuenta de cómo funcionaba el sistema. Los diseñadores del museo habían intentado recrear la forma en que se movía el róver en Marte. Eso significaba que se movía muy despacio y que, además, le habían añadido un pequeño retardo desde que se daba la orden de movimiento hasta que el róver la ejecutaba.

En la realidad, el retardo podía ser de media unos nueve minutos y en el museo le habían aplicado unos pocos segundos, pero la paciencia no es una de las virtudes de mi hermano y esos pocos segundos fueron suficientes para agotarla.

—¡Vaya rollo! Se mueve superlento y, encima, cada vez que lo muevo tengo que esperar para ver a dónde llega —dijo Óscar mientras soltaba los mandos.

Enseguida una niña ocupó su lugar mientras nosotros nos retirábamos de la primera fila.

—Pues así es cómo se mueve de verdad —apuntó Sonia—. Bueno, en la realidad tienen que esperar mucho más que aquí para ver si el movimiento ha sido correcto —añadió.

—Ya lo sé, pero no imaginaba que lo hubieran simulado tan bien —respondió mi hermano—. A la velocidad que va, para cuando consiga moverlo un par de metros, se ha terminado la visita.

—Yo quiero entrar en las naves espaciales —dijo Raúl consultando el plano del museo.

A todos nos pareció buena idea y le seguimos. Siempre se disfruta más de cualquier cosa si estás con tus amigos.

La sala de las naves espaciales era muy amplia y un montón de

maquetas a escala de los cohetes más famosos estaban colocadas de forma que podías ir viéndolas mientras estabas en la cola esperando el turno para entrar. Allí estaban el Saturno V, que fue el primero que llegó a la Luna, el Space Shuttle, que era el del transbordador espacial y varios más que no conocía.

En el centro de la sala, había una recreación de una cápsula Soyuz y otra de una parte de la Estación Espacial Internacional que incluía los módulos Columbus, Kibo y Destiny, todos ellos unidos por un módulo central que se llamaba Node 2.

La cápsula Soyuz tenía capacidad para tres ocupantes y a mí me tocó con Esmeralda y Sonia. En cuanto estuvimos sentados, empezamos a toquetear todos los botones y palanquitas que teníamos delante.

—¡Aquí Txano, de nave Soyuz! ¿Me escucha, centro de control? —empecé a flipar un poco simulando una misión espacial.

—¡Centro de control, acercándonos a la ISS! —siguió Esmeralda con el juego—. ¡Esperamos instrucciones para el acoplamiento!

—¡Soyuz, activen vector de aproximación, acoplamiento en tres minutos! —dijo Sonia imitando una voz que respondía a través de la radio.

Seguimos un rato más con el juego hasta que la postura empezó a

resultar incómoda.

—Esto es superestrecho —dijo Esmeralda a pesar de que ella estaba en el asiento central que tenía un poco más de espacio.

—Sí. Ya lo había leído —comentó Sonia— y eso que nosotros no somos tan grandes como los astronautas con su traje.

—¡Bufff! A mí ya me está dando un poco de claustrofobia —dije mientras los tres nos empezamos a mover para salir.

Mi hermano y Raúl, que ya habían entrado, nos estaban esperando fuera para ir todos juntos a visitar la Estación Espacial Internacional.

Aunque resultó ser mucho más amplia, la sensación también fue un poco agobiante porque estaba toda llena de cables, tubos, barras de agarre y velcros para pegar las cosas y que no estuvieran volando por ahí por la falta de gravedad. No tenía que ser fácil vivir en un sitio así durante varios meses.

—¡Qué pasada la Soyuz! —dijo mi hermano cuando ya salíamos de la ISS—. ¿Os imagináis ahí sentados, escuchando la cuenta atrás?

—Creo que yo solo podría pensar en que estoy sentada sobre tropecientas toneladas de combustible explosivo a punto de encenderse —declaró Sonia.

—Si los astronautas pensaran en eso, no se apuntaba ninguno —dijo Raúl sonriendo.

—Además, llevan un montón de medidas de seguridad —añadió Esmeralda—. Las explosiones en cohetes con tripulación son muy raras. Se hacen muchísimas pruebas hasta que un cohete se considera seguro. A mi madre le encanta todo lo relacionado con la carrera espacial y me cuenta un montón de cosas curiosas de los cohetes. ¿Sabíais que el Saturno V se diseñó pensando en que después de ir a la Luna pudiera ir a Marte? ¿O que los motores del Saturno V siguen siendo hoy en día los más potentes que ha desarrollado la humanidad?

—¡Pero si de eso hace más de 50 años! —replicó mi hermano—. ¡No puede ser que no se hayan mejorado desde entonces!

—Mi madre me contó que los motores del Saturno V no los construyó la NASA, sino una empresa llamada Rocketdyne. Vamos, que la NASA tiene los planos, pero no sabe exactamente por qué hay piezas que son así y le resultaría muy complicado intentar replicarlo. Ahora lo están intentando con el SLS, un nuevo cohete para ir a la Luna —añadió.

Mientras Esmeralda nos iba contando esto, llegamos a la sala contigua casi sin darnos cuenta.

En la entrada, un cartel anunciaba:

«Defensa planetaria»

¿Defensa planetaria?

¿Qué era eso?
¿Es que el planeta estaba en peligro?

Yo no había oído hablar de nada llamado «defensa planetaria». Ni siquiera me había planteado que el planeta pudiera estar en peligro.

Pero, al parecer, así era. Y la información de aquella sala te explicaba el porqué.

Bueno, en realidad, no era el planeta lo que estaba en peligro. Lo que, por lo visto, podía estar en peligro era la supervivencia de la humanidad.

Ahora mismo estarás pensando que se me ha ido la olla total, pero no. ¿Tú te acuerdas del meteorito que se cargó a los dinosaurios? Pues ahora los dinosaurios somos nosotros, los humanos.

Según se explicaba en los murales de aquella sala, un asteroide de solo cien metros ya podía ser suficiente para causarnos bastantes problemas. ¡Y si era más grande, ni te cuento! Piensa que el que acabó con los dinosaurios era un pedrusco de unos once kilómetros.

Vamos, que, al parecer, aparte de nosotros mismos cargándonos el planeta a base de contaminación o guerras nucleares, la principal amenaza para la supervivencia humana era el impacto de un gran asteroide.

Y la defensa planetaria era la ciencia que, precisamente, trataba de eso, de detectar posibles asteroides peligrosos y evitar que impactaran con la Tierra.

Un vídeo que recreaba un impacto mostraba una gran bola de fuego que atravesaba el cielo y se estrellaba en el horizonte. Aunque sabíamos que era un montaje, esta imagen nos sobrecogió un poco, pero enseguida pudo más la curiosidad.

—A ver. No puede ser para tanto —dijo Óscar quitándole importancia—. Si detectamos un pedrusco peligroso, le enviamos un misilazo y listo. Lo volatilizamos en el espacio y adiós peligro.

—Aquí dice que los asteroides grandes, de más de quinientos metros, están detectados y controlados —apuntó Sonia señalando un panel informativo—, pero que los realmente peligrosos son los pequeños, de entre cien y quinientos metros, porque de esos puede haber muchos que no estén detectados.

—No sé por qué le dais tantas vueltas. Misilazo y se acabó —insistió mi hermano.

—No debe de ser tan sencillo. Mira este cartel. Pone que si el

asteroide se fragmenta en muchos pedazos, puede ser todavía más peligroso —replicó Esmeralda leyendo otro panel.

Óscar comenzó a responder algo, pero en ese momento, una mano se apoyó en mi hombro y me volví.

—¡Hola, chicos! ¡Qué sorpresa veros por aquí! —saludó alguien.

—¡Profesor! —exclamamos sorprendidos en cuanto reconocimos la voz.

Era el profesor Antonov, un viejo amigo de anteriores aventuras. Sergey Antonov, Sergio para los amigos, era un científico que nos había ayudado varias veces desde que encontramos la piedra verde.

Todos nos volvimos hacia él, emocionados, y le rodeamos en un abrazo conjunto. Habíamos compartido grandes momentos y llevábamos muchos meses sin verle.

Bueno, en ese abrazo estábamos todos menos Esmeralda, que era la única que no le conocía y se quedó un poco cortada.

En cuanto me di cuenta, se la presenté.

—Profesor, esta es Esmeralda, una amiga.

—Os estaba oyendo y vuestra amiga tiene razón —dijo dirigiéndole una sonrisa—. La opción del misilazo casi nunca es la mejor. La clave es desviarlo sin destruirlo —añadió revolviendo el pelo de Óscar que se sonrojó un poco—. ¿Habéis venido con el colegio? —preguntó después de un pequeño silencio.

—Sí. Llevábamos semanas superilusionados esperando la visita —expliqué.

—¿Y tú qué haces en el museo? —le preguntó Óscar.

—Me han invitado a dar una conferencia sobre asteroides y cometas —comentó mientras miraba su reloj—. ¡Vaya! Chicos, tengo que dejaros, que pronto es la charla y todavía tengo que preparar algunas cosas.

—¿Una charla sobre asteroides y cometas? ¿Y va a ser ahora? —preguntó Óscar.

—Empieza en quince minutos —respondió Antonov—. Y os aseguro que os va a gustar. ¿Qué, os animáis?

Un rápido intercambio de miradas fue suficiente para tomar la decisión y a los pocos segundos seguíamos al profesor por los pasillos del museo, camino del auditorio.

La sala no era muy grande y ya estaba medio llena cuando llegamos. Al parecer, la conferencia del profesor había despertado el interés de los visitantes del museo y muchos eran niños como nosotros.

Buscamos un sitio donde pudiéramos estar sentados todos juntos lo más cerca posible del escenario y aguardamos expectantes.

Sergio no nos defraudó. La charla fue muy amena y fue desgranando información y anécdotas curiosas acerca de asteroides y cometas hasta que, ya para terminar, habló del riesgo de impacto con la Tierra de

uno de aquellos cuerpos.

Fue una clase magistral sobre todo lo que habíamos estado viendo en la sala de la defensa planetaria.

Enseñó una imagen donde se veían todos los asteroides que habían sido visitados por sondas enviadas desde la Tierra y era alucinante.

Pero lo más alucinante vino al final cuando empezó a hablar del proyecto DART/HERA.

—Es el primer proyecto en el que hemos podido verificar la posibilidad de desviar un asteroide de su trayectoria —explicó el profesor—. El proyecto se divide en dos partes. La primera parte es la misión DART y se trata de una nave lanzada en 2021 y que ya ha impactado con el pequeño asteroide Dimorphos para desviarlo.

»La segunda parte del proyecto —continuó Sergio— es la misión HERA, que será otra nave que viaje hasta el asteroide y se encargue de medir con detalle la desviación producida en su órbita por el impacto. Este proyecto nos dará información muy valiosa para poder preparar futuras misiones de defensa planetaria.

»Pero lo más importante que quería contaros hoy es que la defensa planetaria no solo es cosa de científicos —dijo haciendo una pausa

dramática—. Todos vosotros también podéis participar y la forma de hacerlo es esta —añadió señalando la gran pantalla que tenía detrás.

En ese momento, en la pantalla apareció una nueva diapositiva, que era como el dibujo de un cielo nocturno visto con prismáticos, con un asteroide cruzándolo y dejando su estela.

Y debajo del dibujo se podía leer un texto:

«Ojos en el cielo».

El profesor dejó que el silencio inundara la sala mientras la imagen y el texto calaba en nuestras mentes.

«Ojos en el cielo».

A los pocos segundos, prosiguió.

—El proyecto «Ojos en el cielo» es una iniciativa de ciencia ciudadana que permite que cualquiera pueda contribuir a la detección de asteroides y cometas —explicó Antonov.

»Se instala un programa en el ordenador de casa y este programa recibe imágenes del firmamento que se toman automáticamente por telescopios de todo el mundo. Son imágenes que los astrónomos profesionales no tienen tiempo de revisar. Cuando el usuario tiene un rato, puede utilizar el visor de imágenes para ver si detecta algún movimiento extraño y reportarlo. Pensad que miles de ojos mirando las secuencias de movimiento ven muchas más cosas que unos pocos ojos, aunque sean de profesionales.

»La mayoría de las veces, las alertas son estrellas fugaces o satélites artificiales, pero de vez en cuando se encuentra algo interesante. ¿Quién sabe si el próximo descubridor de un nuevo cometa está ahora en esta sala?

El profesor mostró en la pantalla la dirección web para descargarse el programa y con eso terminó la charla y se despidió entre aplausos. Había sido genial. Y este último detalle de poder contribuir al descubrimiento de asteroides y cometas desde casa resultó la guinda del pastel. Te puedes imaginar que todos estábamos como locos con la idea. Sobre todo, Óscar, claro.

—¡Wow! En cuanto llegue a casa, voy a instalar el programa en el portátil —exclamó—. Voy a descubrir un asteroide supertocho y le voy a llamar Oscaroide.

—Bueno, calma. Aunque seas el descubridor, para poder ponerle nombre hay que esperar un poco. Por lo menos, hasta que la órbita se pueda calcular con exactitud —explicó el profesor, que se acercó a nosotros cuando bajó del escenario. ¿Qué os ha parecido la charla? —preguntó mientras íbamos situándonos a su alrededor.

—¡Ostras! Ha sido una pasada. Me ha encantado —respondí—.

Bueno, y también me ha asustado un poco.

—La verdad es que, en este momento, no tenemos un sistema probado para evitar el impacto de un asteroide, pero sí tenemos muchos ojos vigilando el cielo para intentar adelantarnos a una posible colisión. Cuanto antes lo detectemos, antes podemos ponernos a desarrollar un método para desviarlo —dijo el profesor.

—A mí me ha flipado la idea de la ciencia ciudadana —dijo Esmeralda—. Yo también voy a instalar el programa en el ordenador de mi casa.

—Os confieso que la idea del proyecto no es mía —declaró el profesor—. Mi hermano trabaja en un grupo de defensa planetaria y se les ocurrió que podían ganar mucho tiempo dejando que la gente participara. Es curioso, pero muchos de los nuevos asteroides y cometas los descubren astrónomos aficionados porque los grandes telescopios de los observatorios se dedican a otro tipo de ciencia. Los telescopios de los aficionados tienen menos aumentos, pero ven un trozo de cielo mucho mayor, que es mejor para descubrir esta clase de objetos. La mayoría de las imágenes que os van a llegar cuando instaléis el programa las han conseguido astrónomos aficionados que dejan sus telescopios trabajando y grabando toda la noche.

—¿Tu hermano trabaja buscando asteroides? —preguntó Sonia curiosa.

—No solo buscando —respondió el profesor—. Cada vez que alguien da alguna alerta, su grupo se encarga de verificarla. Si es un asteroide real tienen que registrarlo, hacer el seguimiento, calcular la órbita y ver si hay riesgo de colisión.

El tiempo pasó volando mientras Antonov nos contaba cosas del proyecto y casi sin darnos cuenta, la visita había terminado.

Esa tarde, en cuanto terminamos de comer, ¿adivinas qué fue lo primero que hicimos?

Pues sí. Eso mismo. Instalamos el programa de «Ojos en el cielo» en el portátil del Área 51 y descargamos nuestro primer bloque de imágenes.

Una hora después, nuestro nivel de ilusión había bajado bastantes puntos, en especial, la de Óscar, que igual que se infla se desinfla.

La idea de encontrar asteroides era muy bonita cuando la contaba el profesor, pero cuando llevabas una hora mirando la pantalla para ver solo cielos estrellados que se movían muy lentamente, la cosa cambiaba. Y resultaba muy aburrido.

—¡Esto es un rollo! —dijo mi hermano, abandonando su lugar

frente a la pantalla—. Quiero probar una idea que se me ha ocurrido para no tener que perder el tiempo, pero me tengo que llevar el portátil —añadió.

Creo que fue la excusa perfecta que todos estábamos esperando para dejarlo y nos apartamos dejando libre la máquina.

Nos dijo que quería trabajar tranquilo y, después de cerrar la pantalla, se llevó el portátil al interior de la casa.

El resto aprovechamos la tarde jugando a otras cosas, hasta que mi hermano volvió al cabo de unas horas.

—¡Lo he conseguido! —exclamó—. Podéis arrodillaros ante mi genio. ¡Tranquilos, que no voy a cobraros por mirarme!

—Ya estamos con alguna de tus flipadas —respondí—. ¿Qué es lo que has conseguido? ¿Poner imágenes de gatitos volando por el espacio? —pregunté con ironía.

—¡Silencio, plebeyos! ¡No insultéis mi inteligencia! He estado hablando con César y me ha ayudado a crear un sistema de reconocimiento de imágenes para revisarlas de forma automática —explicó mi hermano, poniéndose serio—. Esta noche pienso dejarlo funcionando, y si hay algún pedrusco en esas imágenes, mi sistema lo va a encontrar.

—¡Hombre! Tu sistema y el de César, ¿no? —replicó Sonia.

César era un amigo que conocimos en nuestra anterior aventura y que era un genio de la robótica y la inteligencia artificial.

—¡Bueno, bueno! No nos quedemos en los pequeños detalles —replicó mi hermano—. Cuando en el desayuno os enseñe mi asteroide, ya veréis.

Esa noche, Óscar dejó su sistema funcionando. ¿Tú crees que al día siguiente íbamos a desayunar cacao con asteroides?

Yo no lo veía tan claro, pero el sistema estaba en marcha y solo teníamos que esperar a la mañana para descubrirlo. Solo era una noche, pero ya vas a ver que, al final, iba a ser mucho más movidita de lo que habíamos imaginado.

Un enorme asteroide giraba lentamente en el espacio. Yo podía verlo desde cierta distancia, como si estuviera flotando a su lado.

A lo lejos, podía ver un punto brillante y, un poco más cerca, una esfera azul del tamaño de una pequeña luna.

La esfera azul se iba acercando poco a poco y cada vez me resultaba más familiar. Yo intentaba moverme hacia ella, pero no podía.

A medida que se iba acercando, empecé a distinguir los detalles: las nubes cubriendo el cielo, el perfil de tierras emergidas y el azul del agua bañando todo lo demás. Era la Tierra.

Y, en realidad, no era ella la que se acercaba. El que me acercaba era yo. Bueno, yo y el asteroide que iba a mi lado y avanzaba derecho hacia el planeta a toda velocidad.

En cuanto me di cuenta de lo que estaba a punto de pasar, pensé en detenerlo. Al principio traté de ir hacia él para desviarlo. No podía. Después traté de quedarme atrás para ver si la piedra se quedaba conmigo. Pero tampoco funcionó. Era como si una fuerza invisible me mantuviera anclado todo el rato a la misma distancia. El asteroide y yo nos movíamos juntos. Y nuestro planeta era el destino final.

En mi retina, la Tierra crecía rápidamente. Parecía que íbamos a impactar en medio del océano Atlántico.

La roca se encontró con la atmósfera y enormes llamaradas la rodearon creando una estela de fuego. A la distancia que estaba, podía sentir el calor y el ruido.

Pequeños fragmentos se separaron de la roca principal con un escalofriante crujido y se convirtieron a su vez en bolas de fuego.

En pocos segundos íbamos a chocar contra el mar.

Yo quería salir volando de allí, pero algo me mantenía ligado a la roca. No podía escapar. Iba a estrellarme contra el agua. Iba a morir.

Tres, dos, uno…

Grité y me protegí con los brazos en un gesto inútil.

Un tremendo fogonazo al tocar el agua y después nada. Oscuridad.

Mi corazón latía con fuerza, pero no estaba bajo el agua. Podía respirar. Miré alrededor sin ver nada durante unos segundos. Luego empecé a distinguir perfiles familiares. Estaba en nuestra habitación. Estaba en mi cama. Había tenido una pesadilla.

Me incorporé todavía con el susto en el cuerpo y pude ver a mi hermano en la cama de al lado. Él también estaba incorporado, pero no me miraba a mí. Contemplaba la puerta de nuestra habitación.

Me enderecé un poco más para seguir su mirada y distinguí algo. En el suelo, un bulto se movía ligeramente. Alguien estaba tratando de

levantarse.

Era Sara-Li.

Me espabilé de golpe. Los dos saltamos de la cama casi al mismo tiempo y nos agachamos junto a nuestra hermana para ayudarla.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué haces en el suelo? —pregunté.

Sara-Li había conseguido colocarse a cuatro patas, pero mantenía la cabeza agachada y no respondía.

—¿Estás bien? ¿Qué haces en nuestra habitación? —preguntó Óscar.

Transcurrieron unos segundos más sin respuesta hasta que, al final, nuestra hermana se irguió lentamente y se quedó apoyada en las pantorrillas.

—¿Qué te ha pasado? —volví a preguntar.

—¿No os habéis enterado de nada? —respondió ella con el ceño fruncido, como si le costara abrir los ojos.

—¿Y de qué nos teníamos que enterar? —preguntó Óscar cada vez más mosqueado.

Sara-Li por fin consiguió abrir los ojos y nos miró a uno y a otro como si no acabara de creerse que no le estábamos tomando el pelo.

—Estaba despierta y escuché ruidos raros que parecían venir de aquí, así que me levanté y me asomé a la puerta —empezó a explicar —. En cuanto se me acostumbró la vista os vi dando vueltas en la cama. Parecía que los dos estabais teniendo una pesadilla y estabais cada vez más agitados. —Cerró los ojos un momento como si necesitara tomar fuerzas—. Entonces hice un amago de acercarme a la cama de Óscar, pero, de repente, los dos gritasteis protegiéndoos la cara con los brazos, y dos fogonazos tremendos fue lo último que recuerdo. Después estaba tirada en el suelo —concluyó.

En medio del silencio que siguió a su explicación, Óscar y yo nos miramos.

—¿Qué ha sido eso? ¿Esos fogonazos han sido cosa vuestra? —preguntó ella alternando la mirada entre nosotros.

—No lo sabemos —dije con sinceridad.

—¿Cómo que no lo sabéis? Yo seguro que no he sido y no había nadie más en la habitación —razonó ella con lógica aplastante.

—A ver... Anoche Óscar tuvo otra pesadilla. Un bicho se lo quería comer y justo antes de despertarse lanzó otro flashazo como el que tú dices —expliqué—. Me había despertado con sus ruidos y, esa vez, fui yo el que se quedó grogui.

—Pues esta vez parece que habéis sido los dos a la vez —dijo Sara-Li.

Óscar y yo nos miramos de nuevo y después a nuestra hermana.

—No tenemos ni idea de lo que es —confesé—. Ayer fue la primera vez que lo vi. Cuando se lo conté a Óscar, pensamos que podía tener relación con lo de iluminar las manos, pero no conseguimos hacer

nada parecido. Parece que se dispara solo cuando estamos en peligro o algo así. En la pesadilla, yo viajaba con un asteroide y acababa de estrellarme en el mar cuando me he despertado. Por lo que cuentas, ha sido en ese momento cuando hemos hecho el flashazo.

—¡Yo también me estrellaba con un asteroide! —exclamó Óscar sorprendido—. ¡Estábamos soñando lo mismo! —añadió.

—Bueno, después de la visita al museo y de la charla de Antonov, tampoco es tan raro que soñemos con eso —le repliqué—. Lo que me extraña es que nos hayamos despertado justo a la vez.

—¿Te extraña que os hayáis despertado a la vez? —preguntó Sara-Li con tono irónico—. ¿Y lo de tumbar a vuestra hermana a base de fogonazos de luz no os llama un poco la atención?

—¡Claro! Eso también. Perdona —le respondí—. Es que todo es un poco extraño. Primero la telepatía, luego la luz en las manos y ahora los flashazos. Y no parecen tener ninguna relación.

Sara-Li se quedó pensativa. Al poco, la mueca de una ligera sonrisa se dibujó en su cara.

—Igual sí que la tiene —afirmó con el tono que usaba cuando sabía

que había dado con algo importante.

Óscar y yo nos miramos un momento sin entender a qué se refería. Después, volvimos a mirarla a ella y nos quedamos allí plantados, con cara de bobos y esperando su explicación.

—¿Os acordáis de los cromatitas en la cueva del Lago de los Osos? —comenzó Sara-Li—. ¿Recordáis qué hicieron cuando vino el tipo de la pistola?

—¿Los cromatitas? ¡Ostras, es verdad! Aquel día, la reina nos pidió que cerráramos los ojos y sentimos unos flashazos. Y después de eso, el tipo apareció grogui en el suelo —respondió Óscar.

Por si no los conoces, los cromatitas eran unos seres extraterrestres increíbles que conocimos en la aventura de los vecinos subterráneos y que tenían bastante que ver con nuestras «facultades especiales».

¿Tendrían ellos una explicación para lo que nos estaba pasando?

La última vez que vimos un cromatita fue el verano anterior, en el sótano de nuestra casa. Y desde entonces no habíamos vuelto a coincidir con ellos. De eso hacía ya muchos meses y ni nos acordábamos de que la reina cromatita nos dijo que la piedra verde nos había dado muchas facultades y que las iríamos descubriendo poco a poco. ¿Los flashazos serían una de ellas?

Mientras yo rumiaba estos pensamientos, nuestra hermana tenía los suyos propios.

—¿Por qué no intentáis repetirlo? —preguntó después de unos instantes en silencio.

—Ya lo intenté ayer, pero no funcionó —empezó a responder Óscar con intención de darle detalles de lo que había pasado, pero de repente, mi hermano se calló y su expresión cambió—. ¡Espera! Nosotros siempre te contamos lo que nos pasa y los poderes que tenemos, pero tú no sueltas prenda sobre lo que estás haciendo con los magos. Si quieres que te contemos nuestras cosas, tú también nos tienes que contar las tuyas —añadió mientras se cruzaba de brazos desafiante.

Óscar tenía razón y le apoyé poniéndome a su lado y cruzándome de brazos yo también. Sara-Li llevaba todo el curso con los magos y, aunque no queríamos presionarla, tampoco era muy normal que no contara nada de lo que hacía allí.

Al principio, se quedó sorprendida y su rostro se tensó. Creo que no se esperaba una reacción así por nuestra parte. Con expresión retadora nos mantuvo la mirada durante unos segundos, pero enseguida la suavizó y, sin decir nada, se recolocó en el suelo con las piernas

cruzadas.

Seguramente, se había dado cuenta de que podíamos tener algo de razón, porque desde allí nos miró y, con un gesto conciliador, nos invitó a sentarnos a su lado. Después bajó la mirada y todavía pasaron unos segundos hasta que hizo una inspiración profunda y comenzó a hablar.

—Sé que no he estado muy comunicativa durante estos meses y os pido disculpas, pero no es porque tenga un gran secreto o porque no quiera contaros lo que hago. Más bien es por todo lo contrario. Os miro a vosotros y veo cosas concretas. La telepatía, la luz en las manos, ahora los flashazos, como decís vosotros...

—Bueno, los flashazos no cuentan. Acaban de aparecer y no tenemos ni idea de qué son. Ni siquiera estamos seguros de que hayamos sido nosotros —puntualicé.

—Pues si no habéis sido vosotros y yo tampoco he sido, es que hay alguien escondido en la habitación —dijo Sara-Li, levantando la vista por encima de nosotros hacia el armario que nos quedaba detrás.

Los dos nos volvimos de inmediato e hicimos amago de levantarnos para apartarnos de allí, pero ella enseguida volvió a hablar.

—¿Pero estáis tontos? ¡Era una broma! ¡Claro que habéis sido vosotros! ¿La falta de sueño os ha desactivado la neurona o qué? El flashazo ha salido de vosotros. Eso, fijo.

—Bueno, vale, que nos estamos yendo por las ramas y estábamos hablando de ti —protestó Óscar.

—El problema es que llevo casi todo el curso con los magos y todavía no sé cuál es mi facultad. Aurora y Valerius no se cansan de decirme que voy a ser una gran maga, pero yo no lo veo por ningún sitio. Igual encontré el colgante de Nüwa por casualidad y no estaba destinado a mí.

—No digas tonterías —aseguré—. Cuando te cargaste a Elesus con aquellos rayos verdes todavía no tenías el colgante. Y también están las sensaciones y las visiones. ¿Cómo puedes explicar todo eso?

—Además, acuérdate de que Aurora notó tu energía en cuanto llegaste a Twin City. Tú llevas la magia dentro —aseguró Óscar.

—Sé que todo eso ha ocurrido de verdad —reconoció Sara-Li—, pero cuando he intentado repetirlo no lo he conseguido. Es como si esos poderes solo funcionaran cuando ellos quieren y no cuando quiero yo.

Nuestra hermana se tomó un momento antes de continuar.

—Se supone que no tengo que hablar de esto por seguridad, así que no se lo podéis contar a nadie —advirtió—. En la mansión se respira la magia. Eso ya lo sabéis, pero vosotros solo conocéis las plantas superiores. Por debajo, se expande en grutas interminables y alberga misterios de los que solo he oído rumores. Se puede notar que hay un conocimiento milenario oculto en los sótanos de Ávalon. Y aun así no han conseguido ayudarme. Mis amigos en la mansión ya tienen claro cuáles son sus poderes. O por lo menos la mayoría de ellos. Ya conocéis a Casandra. Ella puede hablar con los animales. Archi puede mover cosas con la mente y Neil puede hacerlas desaparecer.

Sabíamos que estábamos hablando de un sitio donde había magos de verdad, pero habló de mover cosas con la mente y de hacerlas desaparecer con una naturalidad que nos dejó flipados. Y eso que nosotros éramos telépatas.

—La verdad es que todavía no controlan sus poderes muy bien, pero ya los pueden usar, aunque sea un poco —aclaró—. Ya visteis a Casandra con los delfines. Y yo todavía no tengo nada.

Yo sí que tenía mil preguntas para hacer y Óscar seguro que también, pero, sin darnos cuenta, los tres nos habíamos ido emocionando y habíamos ido subiendo el tono de voz. Eso, en el silencio de la noche, no pasó desapercibido para el oído de nuestra madre, que apareció de repente por la puerta.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó todavía con cara de dormida.

Le contamos la verdad. Bueno, casi toda. Que habíamos tenido una pesadilla y Sara-Li nos había oído y había venido a nuestra habitación. Por supuesto, mamá disolvió la reunión con un «todo el mundo a la cama, que mañana tenéis colegio» y ahí terminó nuestra sesión de preguntas.

Óscar y yo intentamos dormir, pero no fue nada fácil. Las revelaciones de Sara-Li rivalizaban con la posibilidad de tener nuestro propio asteroide en el desayuno.

A ver quién era el guapo que se dormía con esas ideas dando vueltas por la cabeza.

Creo que, si acabamos durmiendo algo, fue de puro cansancio y, cuando nuestra madre vino a despertarnos por la mañana, tuvimos la sensación de que nos acabábamos de meter en la cama.

Nos costó horrores levantarnos y nos arrastramos por la casa como almas en pena hasta la mesa de la cocina.

Sara-Li ya estaba allí y no tenía mucha mejor cara que nosotros. Eso de trasnochar nos sentaba fatal.

—¡Buenos díaaas! —saludó nuestra madre mientras entraba en la cocina—. ¡Vaya caras que tenéis! Vuestra abuela me decía que no se puede trasnochar si no se sabe madrugar. Por cierto, he pasado por vuestra habitación y está sonando el ventilador del portátil. Espero que no os lo hayáis dejado encendido toda la noche —añadió.

Óscar y yo nos miramos de repente. Toda la noche soñando con meteoritos y dándole vueltas al tema de los asteroides y al final se nos olvida que estábamos buscando uno. Por supuesto, un segundo después corríamos escaleras arriba.

Mi hermano levantó la tapa del portátil y esperó a que la pantalla se encendiera. Yo no tenía muy claro qué es lo que esperaba ver, pero por la expresión de su cara, deduje que el sistema no había encontrado nada. Movió el ratón por los cuadros de información que se mostraban abriendo pequeñas ventanas aquí y allá. Al final, cerró el ordenador con un suspiro.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué habéis salido corriendo? ¿Qué estaba haciendo el portátil? —preguntó Sara-Li, que nos había seguido a la habitación.

—Este ordenador es una patata —dijo Óscar frustrado, sin hacer caso de nuestra hermana—. Solo le ha dado tiempo a procesar dos bloques de imágenes. El equipo no está mal, pero el sistema de IA para el procesado de imágenes necesita un montón de recursos. Con este ordenador vamos a tardar mil años en descubrir algo.

—¿Qué tenéis que descubrir?, ¿qué es eso de un sistema de IA? —volvió a preguntar Sara-Li, picada por la curiosidad.

—Ayer nos encontramos con el profesor Antonov en la salida que hicimos al Museo del Cosmos con el colegio —expliqué—, y estuvimos en una charla que dio sobre asteroides y cometas. Al final de la charla, habló de una iniciativa de ciencia ciudadana y nos animó a participar.

Era un proyecto de defensa planetaria.

—¿Qué es eso de la defensa planetaria? ¿Y qué tiene que ver con el portátil y con una IA? —insistió.

—El proyecto consiste en intentar localizar asteroides desconocidos visualizando bloques de imágenes que han recogido telescopios de todo el mundo —expliqué—. Instalas un programa en tu ordenador y te van llegando bloques de imágenes para revisar. Dedicas el tiempo que puedas y así colaboras. Sonaba chulo cuando nos lo explicó, pero la verdad es que lo probamos por la tarde y era bastante aburrido. Pero entonces, a Óscar se le ocurrió una idea.

—Después de la aventura con SUSI, César me enseñó algo de proceso de imágenes y se me ocurrió que igual podíamos entrenar una IA para procesar las imágenes en automático —continuó mi hermano —. Le llamé para contarle la idea y me explicó cómo hacerlo. Esta noche he dejado trabajando el sistema en el portátil, pero solo le ha dado tiempo a procesar un par de bloques. Para tener más posibilidades de encontrar algo hay que procesar muchos más bloques. ¡Necesito un ordenador más potente! —exclamó.

—¡Vale! Pero ¿qué es eso de la defensa planetaria? —volvió a preguntar nuestra hermana.

—Por lo que hemos visto en el museo, es el trabajo de detectar y vigilar a los asteroides peligrosos y tratar de evitar que impacten contra la Tierra.

Por fin, Sara-Li se dio por satisfecha con la explicación.

—Pues uno de los maestros de la mansión es muy aficionado a la astronomía —empezó a decir—. Vosotros ya le conocéis. Es Kay Villenger, uno de los magos que nos ayudaron en la aventura del conjuro escarlata. Igual si le contáis todo eso os deja instalar el sistema en alguno de los ordenadores de la orden. Tienen varios ordenadores muy potentes —añadió.

—¡Ah, no! ¡De eso nada! No le voy a dejar mi sistema de IA a cualquiera para que encuentre un asteroide antes que yo. Ya te puedes ir olvidando de eso —proclamó Óscar.

La salida de mi hermano me sorprendió y eso que llevamos juntos desde la tripa de nuestra madre, pero Sara-Li no solo se sorprendió, sino que casi se enfadó.

—¡A ver! ¿Pero esto no era un proyecto de ciencia ciudadana? —empezó—. ¿No se supone que se trata de colaborar entre todos para evitar que los asteroides choquen con la Tierra? —fue subiendo el tono—. El mundo comparte fotos contigo para que puedas revisarlas. César comparte su conocimiento contigo y te ayuda a crear una IA para procesar las imágenes, pero cuando tú tienes algo para compartir resulta que compartir ya no es tan bonito, ¿verdad? Vamos, que lo tuyo es tuyo y lo de los demás a medias, ¿no? ¡Óscar Mediano!

¡Pensaba que habías madurado un poco! ¡No me puedo creer que seas tan egoísta, y más cuando está en juego la supervivencia de la humanidad!

Óscar se quedó blanco y no tuvo tiempo de pensar una réplica porque según terminó el discurso, nuestra hermana se dio la vuelta y salió de la habitación rezongando por lo bajo y cruzándose con Raúl y Sonia, que tuvieron que apartarse para que pasara.

—¿Qué le habéis hecho? Estaba hecha una furia —dijo Raúl cuando Sara-Li ya había desaparecido escaleras abajo.

—¿El sistema ha encontrado algo? —preguntó Sonia sin esperar a que respondiéramos a Raúl.

—¡Anda, vamos! Os contamos todo por el camino, que llegamos tarde —dije mientras agarraba la mochila del cole y salía de la habitación seguido por los demás.

Habían pasado tantas cosas desde el día anterior que, si nos poníamos a explicárselas todas, no nos iba a dar tiempo en el trayecto hasta el colegio, así que les contamos lo del desayuno.

En realidad, les conté mi versión, porque Óscar venía con nosotros en silencio rumiando las últimas palabras de Sara-Li.

—¡Hombre! Algo de razón tiene tu hermana —dijo Raúl mirando a Óscar, que seguía ensimismado sin entrar en la conversación.

—¿Cómo que algo? Tiene toda la razón —afirmó Sonia contundente —. Tú has usado el trabajo de los demás para desarrollar tu sistema. Lo normal es que ahora tú también lo compartas. ¡Vamos, me parece a mí!

Óscar despertó de su letargo.

—No es un problema de compartir —dijo con tranquilidad, como si hubiera estado pensando las palabras—. El problema es que yo no tengo un ordenador potente y si lo comparto, cualquiera con un equipo cañero va a poder procesar muchas más imágenes que yo y va a encontrar antes el asteroide.

—¿Pero qué asteroide? Hablas como si solo hubiera uno y fuera una competición por encontrarlo —observó Sonia—. Precisamente ese es el problema. Que no hay uno. Hay muchos. Y algunos son peligrosos y tenemos que encontrarlos entre todos. Cada uno hace lo que puede. Si te quedas para ti el sistema, nos estás poniendo en peligro a todos — añadió.

A estas alturas, yo estaba seguro de que Óscar era consciente de que no tenía razón. Pero también estaba seguro de que no iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente y se me ocurrió una forma de echarle una mano.

—Si el problema es que necesitas más potencia para procesar muchas imágenes, igual podemos usar los ordenadores del colegio. Si ponemos el programa en todos los equipos del aula de informática, habrá muchos trabajando a la vez —propuse.

—Los equipos del colegio son bastante peores que nuestro portátil —explicó Sonia—. Aunque lo instales en todos, no creo que consigas mucha más potencia. Y eso, si Cata te deja instalar algo.

—¡Esperad! —dijo Raúl—. Me acabo de acordar de que mi hermano Javi me contó a principio de curso que iban a dar una asignatura de

Edición de Vídeo y Diseño 3D, o algo así, y que habían traído unos ordenadores supercañeros con unas tarjetas gráficas muy potentes. ¿No dijo César que tener una buena tarjeta gráfica era importante para que una IA funcionara rápido? —preguntó—. Además, su profesora también es Cata.

Javi es el hermano mayor de Raúl. También estudia en nuestro colegio, pero le lleva varios cursos de diferencia.

—Eso sí que sería una solución —dijo Sonia—. Si podemos instalarlo en esos equipos y dejarlo procesando por la noche, iremos a toda pastilla y seguro que descubrimos algo. ¡Tenemos que hablar con Cata!

—¡Espera, espera! No te lances —la frenó mi hermano—. Si son tan potentes como dice Raúl, podría ser una solución, pero si hablamos con Cata y nos dice que no, adiós muy buenas. Tenemos que instalarlo sin que ella se entere.

Óscar se paró un momento delante de Raúl para llamar su atención.

—Tu hermano podría ayudarnos a instalarlo —le propuso—. Yo le doy un *pendrive* con el programa que tengo en la mochila y él lo instala la próxima vez que les toque ir al aula.

—¡A ti se te va mucho la olla! —respondió Raúl, apartándolo a un lado—. Ni loco meto a mi hermano en una movida así. Que, luego, si pasa algo con los ordenadores, se la carga él. ¡Y si le digo que es una idea tuya, mucho menos! ¡Que ya te conoce! —añadió.

—Pero ¿por qué siempre buscas el camino complicado? —le preguntó Sonia—. Lo normal es que hablemos con Cata y le expliquemos la idea. Seguro que está encantada de colaborar.

—¡Claro! Y si luego se descubre un asteroide, el colegio se lleva toda la fama, ¿verdad? —protestó mi hermano.

—Pero ¿qué más da quien se lleve la fama? —pregunté ya un poco mosqueado—. Lo importante es salvar la Tierra, ¿no? Además, que no pienso engañar a Cata. Ella siempre nos ha ayudado y no pienso mentirla por una tontería tuya que no tiene ningún sentido.

En ese momento, llegamos a la puerta del colegio y Esmeralda nos estaba esperando. La saludamos con un gesto intentando aparentar normalidad, pero enseguida se dio cuenta de que estaba pasando algo.

Conocíamos a Óscar y sabíamos que siempre acababa entrando en razón, pero esta vez la tontería le estaba durando demasiado. Creo que todos estábamos empezando a cansarnos de tanto yo, yo, yo.

Como para confirmar mis pensamientos, mi hermano respondió.

—Ya veo que, cuando llega la hora de la verdad, no puedo contar con vosotros —dijo con una mirada altiva—. ¡No me importa! Ya encontraré la forma de usar esos ordenadores.

Y diciendo esto, se dio la vuelta y se fue por su lado dejándonos en la entrada.

Esmeralda me interrogó con la mirada y, mientras subíamos a clase, la pusimos al día entre los tres. Por supuesto, compartía nuestra opinión.

Óscar estuvo enfadado toda la mañana. Ni siquiera se acercó en la

hora del recreo. Nos daba igual. Lo teníamos claro. Justo después del descanso nos tocaba STEAM y habíamos decidido hablar con Cata.

Tal y como había predicho Sonia, cuando le explicamos el proyecto se interesó enseguida. Incluso le dijimos que lo había diseñado Óscar, pero que le daba vergüenza decírselo. Es verdad que al decirle que lo había diseñado Óscar, se lo pensó por un momento, pero, al final, la convencimos con el argumento de que, si el sistema funcionaba bien, podía representar al colegio en la feria de ciencias de la ciudad. Y si, además, acababa encontrando un asteroide, podía ser la caña.

Pero no nos salió gratis del todo. Tuvimos que aceptar un precio: teníamos que hacer un trabajo de ciencias sobre la defensa planetaria.

Lo habíamos conseguido, pero esa era la parte fácil. Ahora nos tocaba contárselo a Óscar y ver cómo se lo tomaba. Conociendo a mi hermano, podía pasar cualquier cosa.

Aunque Óscar estaba enfadado, nos había estado vigilando de reojo desde su sitio mientras hablábamos con Cata. No podía saber lo que le habíamos contado, pero se lo estaría imaginando.

Cuando nos acercamos a decírselo en el descanso entre clases, su reacción no nos sorprendió.

—¿Cóóómo? No teníais ningún derecho —protestó—. El sistema es mío y yo decido dónde lo instalo.

—¡Eres un petardo que nunca está contento! ¡Querías unos ordenadores potentes y te los hemos conseguido! —le dije armándome de paciencia.

—¡Y sin tener que engañar a nadie! —añadió Sonia—. ¿Qué más quieres?

—Pues quiero que sea mi proyecto, no el vuestro —respondió mi hermano sin ponerse rojo.

—Le hemos dicho que el sistema lo has diseñado tú —apuntó Esmeralda.

La cara de enfado de mi hermano se relajó un poco, pero no dijo nada.

—¡A ver, tío! —dije con un tono un poco más duro—. Hemos conseguido equipos potentes como querías. Hemos dicho que el proyecto es tuyo. Y, si funciona bien, hasta hemos conseguido que seas el representante en la feria de ciencias de la ciudad. Y todo mientras estabas ahí detrás, enfadado, sin hablarnos. Creo que nos merecemos un «gracias» por lo menos, ¿no?

Óscar siguió sin decir nada, pero tampoco protestó más, que ya era mucho para ser él.

—¿Y puedo usar todos los ordenadores del aula? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Nos ha dado permiso para usar solo cinco. Dice que si pasa algo no quiere dejar a toda la clase sin equipos —respondió Raúl mientras seguro que pensaba en su hermano—. Hemos quedado con Cata al terminar la última hora.

—¿Solo cinco? —protestó él, como era previsible.

—¡A ver, chaval! Es mucho más de lo que tenías hace una hora. Y todo el trabajo lo hemos hecho nosotros —observó Sonia—. ¡Ya te vale con tantas pegas!

—¡Bueno! ¡Tampoco os flipéis! Es lo mínimo que podíais hacer para ayudar al genio que va a salvar a la humanidad de la extinción —dijo Óscar en uno de sus arranques de «modestia».

—¡Ostras, tío! ¡A veces, eres imposible! —protesté enfadado—. Estoy por ir a buscar a Cata y decirle que hemos encontrado un virus en el sistema o algo así para que no te deje instalarlo. Para ser «el genio que va a salvar a la humanidad», parece que la humanidad te importa bastante poco —añadí cansado de su actitud.

En ese momento, llegó nuestra profesora y no pudimos seguir con la conversación. Si antes el que estaba enfadado era él, ahora los que estábamos enfadados éramos nosotros. Yo entendía que pudiera tener un pronto y le costara razonar en caliente, pero ya había tenido tiempo suficiente y, además, le habíamos demostrado que queríamos ayudar. ¿Cómo podía ser tan egoísta?

Cuando sonó el timbre de la última hora, todavía estaba pensando si hablar con Cata para cancelar el proyecto, pero en ese momento Óscar se acercó a nosotros y, por su expresión, algo había cambiado en su cabeza.

—Bueno... Puede ser que tengáis algo de razón —dijo entre dientes con el volumen a la mitad.

—¿Cómo? No te hemos oído. ¿Puedes hablar más alto? —dije haciendo un poco de teatro, mientras todos nos situábamos a su alrededor.

Mi hermano tomó aire, resignado. Y yo… Yo reconozco que estaba disfrutando del momento.

—¡Vale! ¡Que sí! Que igual tenéis algo de razón —dijo subiendo un poco la voz.

—¿Igual? —preguntó Sonia.

—¿Un poco? —añadió Esmeralda.

Óscar resopló de nuevo y cerró los ojos.

—¡Bufff! ¡Qué difícil es esto, por favor! ¡Vale! ¡Tenéis razón! ¡He sido un petardo integral! Me he aprovechado del trabajo de los demás, pero no quería compartir el mío —nos recorrió con la mirada antes de continuar—. ¡Lo siento! ¡De verdad! He decidido que lo voy a compartir con todo el que quiera instalarlo. ¡Vamos a salvar a la humanidad! ¡Hala! ¡Ya está! ¡Ya lo he dicho!

Y terminando esa frase, extendió la mano hacia el centro del corro y esperó nuestro apoyo. Por supuesto, después del esfuerzo que había hecho para decirnos todo aquello, no podíamos negárselo y todas las manos se juntaron en el centro.

—¡Vamos a salvar a la humanidad! —gritamos a coro justo en el momento en que llegaba Cata para acompañarnos al aula.

Tal y como nos había indicado antes, Cata nos recordó que el sistema solo podía estar instalado en cinco equipos y debía funcionar solo por la noche para que no ralentizara el trabajo en las clases y en las extraescolares.

Óscar no protestó y configuró el sistema para que solo arrancara por la noche y para que enviara un *email* de alerta a la cuenta de correo que podíamos ver en el portátil del Área 51 si encontraba algo.

Con todo en marcha y los ánimos más calmados, volvimos a casa y aprovechamos el camino para contarle a Óscar un pequeño detalle que no habíamos mencionado hasta entonces: el trabajo de ciencias sobre defensa planetaria.

No le hizo demasiada gracia y en otras circunstancias seguro que hubiera puesto el grito en el cielo, pero como todavía estaba con el subidón de tener el sistema funcionando en los equipos del colegio, acabó aceptándolo a regañadientes.

Esa noche, el sistema ya iba a estar procesando imágenes a toda pastilla. ¿En ese momento algún asteroide viajaba por el espacio hacia nosotros? ¿El sistema de Óscar iba a ser capaz de encontrarlo?

Otra vez nos tocaba esperar al día siguiente para saberlo.

Esa noche, aunque nuestro sueño fue inquieto, no hubo pesadillas ni flashazos.

Lo primero que hicimos en cuanto nos despertamos fue consultar el correo.

Nada.

En la bandeja de entrada no había nada.

No sé por qué nos habíamos hecho tantas ilusiones. Incluso procesando imágenes con equipos superpotentes, lo normal era no encontrar nada. El cielo era enorme y, por suerte, no había tantos asteroides viajando por nuestro sistema solar.

Miles de personas en el mundo estaban buscando lo mismo que nosotros y solo unos pocos encontraban algo. Nosotros teníamos la ventaja de que el sistema de Óscar procesaba las imágenes mucho más rápido y teníamos más posibilidades, pero incluso así, era complicado.

Sonia y Raúl también se desilusionaron un poco cuando les dimos la noticia camino del colegio.

Después de convencer a Cata y de lidiar con el ego de Óscar, la realidad nos estaba demostrando que encontrar un asteroide no resultaba sencillo. Era como encontrar la pepita de oro entre las piedras del río.

En los tres días siguientes, el resultado fue el mismo: expectación nada más despertar seguida de desilusión al no encontrar nada.

Esa mañana, ni Sonia ni Raúl nos preguntaron por el programa. Creo que ya todos habíamos dado por hecho que esto no iba a ser cosa de unos días y que mejor olvidarnos del sistema y dejarlo trabajar en paz.

Pero en esa ocasión fue Sara-Li, que vino con nosotros, la que sacó el tema a relucir.

—El otro día le hablé a Kay del proyecto de ciencia ciudadana y de vuestra idea de una IA para automatizar el procesado de imágenes. Me dijo que le interesaba mucho y que, si os parecía bien, a él también le gustaría instalar el sistema y ayudar con los equipos de la orden.

Si hacía unos pocos días Óscar se había negado en redondo, esta vez ya no parecía tan reticente.

—Pues dile que, si un día nos invita a visitarlos, llevo el sistema y le ayudo a hacer la instalación. Pero que no se haga demasiadas

ilusiones con los resultados.

—No hace falta que os invite. Valerius os dijo que podíais ir cuando quisierais, ¿no? —apuntó Sara-Li.

—¡Es verdad! Pues igual podemos ir alguna tarde contigo —propuso mi hermano cuando ya llegábamos al colegio.

Sara-Li se fue por su lado; nosotros cinco subimos a nuestra clase y nos quedamos hablando en la puerta a la espera de que viniera Elisa.

Pero esa mañana no fue ella la que llegó.

La que apareció primero fue Cata, que había venido corriendo y estaba toda sofocada.

—¡Tenéis que venir! ¡Uno de los equipos está bloqueado! —anunció resoplando y volvió enseguida por donde había venido.

Óscar dio un respingo y salió pitando detrás de ella. Y nosotros fuimos tras él. La verdad es que solo mi hermano conocía lo que pasaba cuando el sistema encontraba algo, así que no sabíamos si esto era bueno, malo o todo lo contrario.

Por el camino nos cruzamos con Elisa, que nos miró sin entender por qué corríamos por el pasillo detrás de Cata. Mientras la dejábamos atrás, le prometimos que enseguida volvíamos, aunque, en realidad, no teníamos ni idea de cómo iba a acabar esto.

Cuando llegamos al aula, los alumnos mayores ya estaban allí. Era la clase de Javi, el hermano de Raúl, que nos saludó con un leve gesto de la cabeza. Era un chaval supermajo, pero estando con sus compañeros de clase, un hermano pequeño y sus amigos debían de pertenecer a un nivel inferior en la escala evolutiva y no se podía mostrar demasiada familiaridad. Cosas de la adolescencia, imagino.

Prácticamente todos los alumnos, incluido Javi, estaban apelotonados en una de las filas de la clase. Del otro lado de esa pared humana que nos sacaba una cabeza como mínimo, salía un sonido bastante molesto.

Al parecer, Óscar debió de reconocer el sonido porque sin cortarse ni media, fue apartando a los que se interponían en su camino hasta llegar al origen. Nosotros fuimos detrás aprovechando la brecha en la muralla y Cata se quedó en la retaguardia pero sin perder detalle.

Aquel debía de ser el ordenador al que se refería. En la pantalla, un enorme mensaje de «ALERTA» parpadeaba bailando al ritmo del ruido molesto.

—¡Apagad eso ya! —pidió alguien desde un lateral de la clase.

—¡No puede ser! —dijo mi hermano ignorando totalmente la petición—. ¡Pero si no hemos recibido ningún correo! —murmuró para sí mismo.

—¿El programa manda correos? —preguntó Cata, que había escuchado el comentario—. Eso me lo tenías que haber dicho. El sistema de seguridad del colegio bloquea cualquier correo enviado al exterior desde los equipos de las aulas —añadió.

Sin quitar los ojos de la pantalla, Óscar se sentó en la silla que había frente al equipo y pulsó algunas teclas. El ruido cesó y el mensaje de alerta desapareció.

Mi hermano seguía a lo suyo y el resto teníamos la mirada fija en el monitor, que ahora mostraba un cielo estrellado que giraba poco a poco en una rápida secuencia de imágenes.

De repente, un punto blanco empezó a desplazarse en el cielo siguiendo una línea casi recta que contrastaba con el movimiento circular del resto de puntos luminosos.

Óscar dio un bote en la silla y manipuló con el ratón sobre la pantalla para volver a ver la secuencia de imágenes.

¡Ahí estaba! Un punto blanco que se desplazaba en diagonal de izquierda a derecha hasta salirse del plano.

—¡Lo hemos encontrado! —gritó Óscar—. ¡Lo hemos encontrado! —repitió emocionado, y se puso a bailar y a hacer el tonto sin importarle lo más mínimo todos los que le miraban alucinados.

De repente, se paró y se volvió a sentar como si hubiera recordado algo. Entonces, sacó un *pendrive* del bolsillo, lo metió en un puerto del ordenador y, sin dar ninguna explicación, realizó alguna operación con él.

—¡Andando, que tenemos que comprobar la órbita! —dijo mientras retiraba el dispositivo del ordenador, lo volvía a guardar en el pantalón y enfilaba la salida de clase como si no hubiera pasado nada.

Justo en ese momento apareció en la puerta de la clase Loli, la directora del colegio, que llegaba alertada por el jaleo que, al parecer, estábamos armando.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó al ver a Óscar avanzar hacia ella decidido.

—¡Nada, que estábamos salvando la Tierra! ¡Cata se lo explica, que llegamos tarde a clase! —soltó mi hermano con todo su morro mientras pasaba de largo sin pararse siquiera a saludar.

Y nosotros detrás, claro.

¿De verdad lo habíamos encontrado?

Aguantar hasta el recreo sin saber exactamente lo que habíamos encontrado resultó bastante duro.

Óscar podía habernos contado algo entre clase y clase, pero se empeñó en que nos íbamos a quedar a medias y que mejor esperar al recreo. ¡Mi hermano teniendo paciencia! Eso era casi más increíble que encontrar un asteroide. En realidad, yo creo que era más por hacerse el interesante, pero tampoco podíamos hacer mucho más que esperar.

En cuanto sonó el timbre, salimos pitando de clase y nos reunimos en el patio.

—¡Venga! Arranca ya, que nos tienes en ascuas —dije poniéndome frente a él.

—El sistema ha encontrado algo —anunció Óscar.

—¡Hombre! Hasta ahí ya hemos llegado nosotros solos —protestó Sonia—. ¡Para eso no llevamos tres horas esperando! ¿Qué ha encontrado?

—¿Recordáis el punto brillante que se movía rápido en la pantalla? —preguntó mi hermano.

—¡A ver! Había, literalmente, miles de puntos brillantes en esa imagen —alegó Raúl—. ¿A cuál de ellos te refieres?

—La secuencia de imágenes era de un cielo nocturno, así que la mayoría de los puntos que se veían eran estrellas —explicó mi hermano—. Esas estrellas están tan lejos que, a todos los efectos, es como si estuvieran quietas respecto a nosotros. El movimiento circular que se apreciaba en la secuencia corresponde en realidad al giro de la Tierra y siempre es un arco.

—¡Vale! ¡Ya te sigo! Te refieres al punto que se movía casi en línea recta y mucho más rápido —apuntó Sonia.

—¡Exacto! No puede ser una estrella porque su movimiento no describe un arco y tampoco puede estar muy lejos porque se movía bastante más rápido que el resto del cielo —confirmó Óscar.

—Pero podría ser muchas otras cosas, ¿no? —preguntó Esmeralda.

—Pues sí que podría ser más cosas, pero lo más seguro es que no lo sea. Las posiciones de los planetas, los satélites artificiales y otros objetos conocidos ya están registradas y el programa las descarta durante el procesado —aclaró Óscar.

—¿Y entonces…? —insistió Esmeralda.

—Entonces ¡yo creo que es un cometa! —aseguró mi hermano—. El cometa «Óscar».

—¡Hombre! ¡Ya tardabas en volver a las andadas! Demasiadas horas de sensatez para ti —declaró Sonia—. Pero vamos a ver, ¿la Tierra está en peligro o no?

—Pues eso no lo sé todavía —respondió mi hermano—. En cuanto lleguemos a casa tengo que descargar un *software* para intentar calcular la órbita.

—¿Os imagináis que la humanidad se extingue por el choque de un cometa llamado «Óscar»? —preguntó Raúl—. Eso sí que sería pasar a la historia a lo grande —añadió.

—¡Sí! Pasar a la historia para que al poco tiempo ya no quede nadie que pueda consultarla. ¡Qué gran idea! —apuntó Sonia con ironía.

—¿Quién va a pasar a la historia? —preguntó la voz de Sara-Li, que se había acercado a nosotros sin que nos diéramos cuenta.

—El sistema ha encontrado algo en uno de los equipos del cole —comentó Sonia—, y Óscar cree que puede ser un cometa.

En ese momento sonó el timbre del final del recreo y todos subimos a clase. Las horas pasaron lentas hasta que terminamos el cole y volvimos a casa.

Sonia, Raúl y Esmeralda llamaron a sus padres para poder quedarse en nuestra casa a comer y estar juntos por la tarde.

En cuanto estuvimos todos en el Área 51, Óscar empezó con sus comprobaciones.

—He buscado más imágenes de esa zona del cielo en esos días. Cuantas más imágenes le meta, más preciso será el cálculo —nos explicó.

Después de un rato trabajando con el portátil, Óscar lo dejó

calculando y vino a donde estábamos nosotros. Sonia y Esmeralda nos estaban explicando curiosidades que habían leído en internet.

—Yo he leído que un asteroide se considera peligroso si pasa a menos de 7 500 000 de kilómetros de la Tierra —comentó Esmeralda —. Ponía como ejemplo que la Luna está «solo» a 384 000 kilómetros.

—Pues yo he leído que en 2029 el asteroide Apophis pasará a menos de 30 000 kilómetros de la Tierra. Vamos, que eso debe ser casi como pasar rozándonos —afirmó Sonia—. Dicen que va a pasar tan cerca que, en el hemisferio sur, lo van a poder ver sin telescopio ni nada —añadió.

En ese momento, un pitido en el portátil atrajo nuestra atención. Al parecer, el cálculo había terminado.

Todos nos acercamos y una cifra se podía leer con claridad en la pantalla: 100 000 kilómetros.

—Eso es bastante lejos, ¿no? —preguntó Raúl que no había prestado mucha atención a las explicaciones de Sonia y Esmeralda.

Al parecer, él era el único que no se había dado cuenta del problema, porque el resto de las caras habían adoptado un rictus de seriedad. Ya nadie se reía.

—¿Es que no has escuchado nada de lo que hemos dicho antes? —dijo Óscar en un tono un poco cortante.

Raúl me miró buscando un poco de ayuda.

—100 000 kilómetros es bastante cerca —le aclaré.

—Va a pasar más cerca que la Luna y eso siempre es peligroso —añadió Sonia.

—Según este programa, el máximo punto de acercamiento será dentro de tres semanas. ¡Tenemos que hablar con Antonov! —afirmó Óscar con seriedad.

Casi al momento, una voz sonó desde el jardín.

—¡Pues habéis estado muy cerca! —gritó la voz, como respondiendo a la idea de mi hermano—. ¡En realidad, va a pasar a 95 000 kilómetros dentro de dos semanas! —añadió.

Habíamos reconocido la voz y todos nos asomamos a la ventana. El profesor Antonov nos esperaba en el jardín. Pero ¿qué hacía ahí abajo?

—Anoche, el sistema de control del proyecto «Ojos en el cielo» recibió un aviso automático de alerta de una instalación registrada como «Oscarthebest». ¿Os suena de algo? —añadió Antonov mirando hacia nuestra ventana.

El profesor Antonov esperó pacientemente a que bajáramos del Área 51. Cuando todos estuvimos reunidos a su alrededor, arrancó a hablar.

—Os expliqué el otro día que mi hermano es uno de los promotores del proyecto «Ojos en el cielo» —comenzó el profesor—. Pues esta mañana, me ha llamado para contarme que durante la noche habían recibido un mensaje de alerta de un equipo que estaba usando el programa para localización de asteroides. Según me ha dicho, el equipo estaba situado en Twin City y registrado a nombre de «Oscarthebest». He pensado que igual sabíais algo… y ya veo que no me he equivocado —añadió mirando a Óscar con una sonrisa.

Óscar sonrió también y se encogió de hombros.

—Ya me perdonaréis, pero llevo un rato escuchando. Sí que parece que se trata de un cometa y el cálculo de órbita que habéis conseguido es bastante acertado —continuó Antonov.

—¿Entonces podré ponerle el nombre que yo quiera? —preguntó Óscar, volviéndose a ilusionar con el tema.

—Los astrónomos del proyecto han hecho las primeras estimaciones, pero el cometa tiene que ser confirmado por otros observatorios. Cuando se verifique la órbita, podrás proponer un nombre —explicó el profesor.

—¡Toma ya!, *¡aluciflipa!* —dijo Óscar dando un bote en el sitio y lanzando un puñetazo al aire.

Antonov sonrió con la ocurrencia de mi hermano, pero parecía que había algo más y esperó a que Óscar se calmara un poco para continuar.

—En realidad, he venido porque quería preguntaros una cosa que igual os suena un poco rara —dijo Antonov haciendo una pequeña pausa y captando nuestra atención de inmediato—. ¿Habéis sabido algo de los cromatitas últimamente?

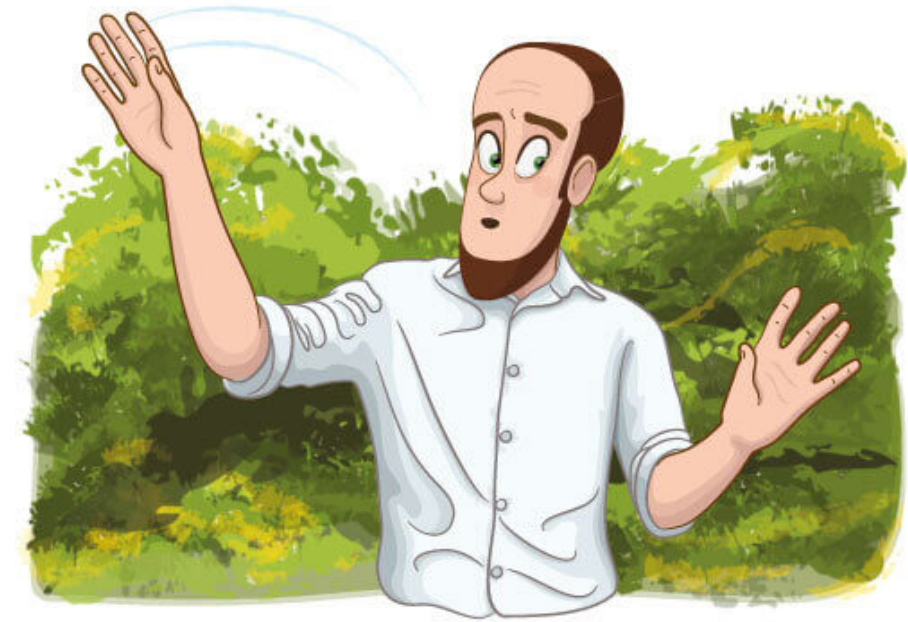
Óscar y yo nos miramos en cuanto escuchamos la palabra «cromatita». Nuestros pequeños amigos habían pasado de llevar meses olvidados a ser la segunda vez en pocos días que aparecían en nuestras conversaciones. Mucha casualidad, ¿no?

—¿Cromatitas? ¿Esos bichillos luminosos que encontrasteis en una cueva? —preguntó Esmeralda al recordar lo que yo le había contado en alguna ocasión.

A todos nos hizo bastante gracia eso de «bichillos luminosos». Esmeralda era la única que no había estado presente en esa aventura y solo los conocía de oídas.

—Sí, esos «bichillos» que se comen las rocas y se comunican con luz y telepatía —respondí sonriendo—. No los hemos visto desde la aventura del Lago de los Osos. ¿Qué pasa con ellos? —pregunté dirigiéndome a Antonov.

—Pasar, no pasa nada —atajó el profesor—, pero mi hermano me ha comentado una cosa curiosa que ha hecho que me acuerde de ellos. Veréis, según mi hermano, en los cálculos preliminares de la órbita del cometa hay algunas irregularidades que no saben explicar. Es como si el cometa pudiera hacer cambios de rumbo, y eso no es posible.



El tono con el que había terminado la frase daba pie a una continuación, así que nos quedamos en silencio esperando sin dejar de mirarle.

—No es posible… —continuó— salvo que haya algo o alguien en ese cometa que lo esté provocando. Cuando me ha dicho esto, me he acordado de que los cromatitas llegaron a la Tierra en una piedra y he pensado que quizá ellos tenían alguna forma de variar el rumbo para llegar a donde querían —concluyó.

—¡Ah, vale! Los cromatitas son los que llegaron en el meteorito —dijo Esmeralda, como hablándose a sí misma y empezando a relacionar ideas—. ¡O sea, que son los extraterrestres!

—Bueno, uno de ellos —apuntó Óscar, recordando que habíamos conocido alguna otra forma de vida de fuera de la Tierra.

Esmeralda era supercuriosa y le encantaba que le contara nuestras

aventuras, pero yo, sin querer, seguro que me había dejado un montón de detalles.

Antonov se había quedado callado y nos miró a Óscar y a mí durante unos segundos, como pensando lo que iba a decir a continuación.

—¡Chicos! ¿No tendréis alguna forma de contactar con ellos? —preguntó—. Lo digo por lo de la telepatía… —aclaró enseguida.

Yo negué con la cabeza y Óscar también.

—Es verdad que, mientras estuvimos en la cueva del Lago de los Osos, la reina cromatita nos habló por telepatía —expliqué—, pero solo funcionaba mientras le estábamos dando la mano. Desde el día en que vimos a los últimos cromatitas en el sótano de nuestra casa, no hemos vuelto a saber de ellos. No tenemos ni idea de cómo encontrarlos —añadí.

—Yo ya he ido a echar un vistazo al Lago de los Osos por si acaso, pero no hay ni rastro de ellos —aclaró Antonov—. La verdad es que no esperaba encontrarlos allí, aunque suponía que los podría localizar siguiendo su rastro por las grutas. Pero no os imagináis el laberinto tan enorme que han dejado a su paso. Los he intentado rastrear durante un rato, pero se adentran muy profundo en la tierra y es imposible seguirlos sin perderse. En fin, seguiremos investigando —dijo cabizbajo a modo de despedida y nos prometió informarnos cuando tuviera más noticias del cometa.

Nosotros también nos quedamos un poco «plof» después de recordar a los cromatitas y ser conscientes de que les habíamos perdido la pista. No teníamos tantos amigos extraterrestres como para andar perdiendo su contacto.

—¿Dónde creéis que estarán? —preguntó Raúl cuando Antonov ya se había ido—. Hace un montón desde que los vimos en el Lago de los Osos. ¡Podrían estar en cualquier sitio!

—Sí. Es curioso que no sigan una sola ruta y abran varios caminos —comentó Sonia—. Igual es precisamente para que no sea fácil seguirlos.

—Pero ¿realmente creéis que se mueven con un rumbo fijo? —pregunté—. Quizá simplemente van avanzando para conseguir más piedra que comer.

Así seguimos un buen rato, y cuanto más hablábamos, más dudas iban surgiendo para las que ninguno de nosotros tenía respuesta.

Después de cenar, cuando ya estábamos Óscar y yo en la cama, el tema de los cromatitas todavía coleaba en nuestras cabezas y nos costó bastante dormirnos.

Pero cuando ya lo había conseguido, en algún momento de la noche, la voz de mi hermano me sacó del sueño.

—¡Txano! Txaaano! ¡Despierta! ¡Ya sé cómo encontrarlos!

A lo mejor mi hermano llevaba un rato despierto, pero yo acababa de salir del mundo de los sueños y mi capacidad de proceso iba un poco justa.

—Pero ¿qué dices? —mascullé mientras me frotaba los ojos—. ¿Encontrar a quién?

—¿Pues a quién va a ser, hombre? ¡A los cromatitas, que parece que estés dormido! —dijo con recochineo.

—¿Los cromatitas…? Ah, vale… Los cromatitas —dije como si aquello hubiera sido un chiste y yo lo hubiera entendido por fin.

—Parecía importante para Antonov encontrarlos y se me ha ocurrido una idea mientras dormía —dijo mi hermano—. Estaba soñando con ellos y se oía de fondo el ruido ese que hacen cuando están comiendo las piedras. Si te acuerdas, ese ruido era como una vibración. Era muy pequeña, pero como había tantos se oía perfectamente. Se me ha ocurrido que igual la podemos detectar.

—¿Detectar? ¿Cómo vamos a detectar nosotros eso? —pregunté, pensando que no me había despertado lo suficiente y todavía no me enteraba bien de lo que decía.

—Bueno, nosotros directamente, no, pero igual un sismógrafo sí que puede —propuso Óscar, satisfecho por la idea.

—¿Un sismógrafo? O sea, ¿un chisme de esos que usan para medir los terremotos? —pregunté sin acabar de pillar la idea—. ¿Qué tiene que ver eso con los cromatitas?

—Pues mucho —aseguró—. Los sismógrafos sirven para detectar vibraciones en el suelo y los cromatitas provocan esas vibraciones cuando comen. ¿No recuerdas cómo sentimos algunos temblores en el sótano de casa antes de saber que eran ellos? Ya sé que son vibraciones muy pequeñas, pero igual hay algún sismógrafo supersensible que los detecta —añadió convencido.

—¡Hombre! Igual pueden detectar que hay alguna vibración, pero ¿cómo vamos a localizarlos con eso?

—Pues ni idea, pero cuando dan por la tele que ha habido un terremoto, siempre dicen dónde se ha localizado, así que tendrán alguna forma de saberlo —razonó mi hermano—. Seguro que funciona. ¡Ya verás!

Recién despertado, tampoco estaba yo para ponerme a discutir la idea, así que me encogí de hombros y me di la vuelta para intentar dormir lo que quedaba de noche. Si a la luz del día la propuesta seguía teniendo sentido, ya veríamos lo que hacíamos con ella.

No hubo más interrupciones nocturnas y, por supuesto, a la mañana siguiente, Óscar seguía convencido de que la idea era buena.

—He pensado que se lo podemos preguntar al profesor —dijo mi hermano—. Seguro que él conoce a alguien en la universidad que nos puede ayudar con eso.

—Bueno, vale, se lo preguntamos… Pero no te emociones, que primero nos tiene que decir si es posible.

En ese momento, apareció por la cocina Sara-Li, que empezó a preparar su desayuno.

—Buenos días —saludó en medio de un bostezo—. ¿De qué hablabais? ¿Qué tiene que ser posible? —preguntó mientras se sentaba con nosotros.

—Se me ha ocurrido una forma de localizar a los cromatitas —explicó Óscar, encantado de volver a ser protagonista.

—¿Cromatitas? ¿Y para qué queréis localizarlos? —preguntó nuestra hermana intrigada—. ¿Es por los flashazos?

Óscar y yo nos miramos sorprendidos por nuestro propio despiste. Llevábamos hablando de los cromatitas desde el día anterior y ni siquiera nos habíamos acordado de los flashazos. Era verdad que, si los encontrábamos, podíamos preguntarles también por ese asunto y matar dos pájaros de un tiro.

—Pues ni nos habíamos acordado de eso —confesé—. Es que ayer estuvo aquí Antonov y nos preguntó por ellos. Parecía muy interesado en encontrarlos y se nos ha ocurrido una forma. Bueno, se le ha ocurrido a Óscar.

—Creo que, como producen vibraciones al comerse las piedras, igual se pueden localizar con un sismógrafo —añadió mi hermano.

Sara-Li se quedó pensativa unos segundos. Después se espabiló de repente y sonrió con esa expresión enigmática que tenía últimamente.

—A lo mejor no hacen falta los sismógrafos —comentó misteriosa—, igual puedo ayudaros con eso, pero no puedo confirmaros nada hasta esta tarde —añadió sin dar más detalles.

Intentamos que nos contara algo más sobre su idea, pero cuando se cerraba en banda no había nada que hacer. Al final, llegaron Sonia y Raúl para ir al cole. Nos marchamos sin que hubiéramos conseguido sacarle nada más y la propuesta de Sara-Li cayó en el olvido.

Cuando les contamos a nuestros amigos la idea de Óscar, estuvieron de acuerdo en que lo mejor era hablar con Antonov. En la puerta del cole, se la comentamos también a Esmeralda. Quedamos en que esa tarde vendrían todos a nuestra casa después de comer y le llamaríamos desde el Área 51.

El resto de la mañana la pasamos con nuestras cosas del cole y, de vuelta a casa, después de comer, nos juntamos en nuestro cuartel general. Llamamos a Antonov tal y como habíamos quedado. Los cinco nos reunimos alrededor del portátil mientras sonaba el tono de llamada.

—¡Caramba, chicos! ¡Qué sorpresa! —dijo Antonov mientras la pantalla mostraba su imagen en el despacho—. ¡No me digáis que habéis descubierto otro asteroide! —añadió bromeando.

—¡No! ¡Mejor! —dijo Óscar—. Se nos ha ocurrido una forma de localizar a los cromatitas, pero necesitamos tu ayuda —soltó sin rodeos.

¡Ojo!, que Óscar había planteado la idea como si hubiera sido de todos. Todavía había esperanza para el mundo.

—¡Vaya! Pues soy todo oídos —dijo el profesor sin disimular su sorpresa—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Creemos que podemos encontrar a los cromatitas usando sismógrafos para detectar las vibraciones que hacen al comer las piedras —explicó mi hermano—. ¿Tú crees que es posible?

Antonov se quedó pensativo, valorando la idea.

—¡Pues no es ninguna tontería! —afirmó al cabo de unos segundos —. Si podemos conseguir las lecturas de sismógrafos cercanos al Lago de los Osos en las fechas en que los encontramos, puede que consigamos identificar la señal que provocan y rastrearla luego a partir de ahí. Si encontramos la señal en tres sismógrafos distintos, podemos triangular y encontrar la posición desde donde se emite.

Creo que vio nuestras caras y se dio cuenta de que no habíamos entendido muy bien su explicación. Por lo menos, la mía decía eso seguro.

—Vale, no os preocupéis por los detalles técnicos, pero creo que es posible. Dejadme hacer unas llamadas y os voy contando —dijo antes de despedirse y finalizar la conexión.

Nos quedamos un rato más en el Área 51 fantaseando con poder

encontrar a los cromatitas. A todos nos hacía ilusión, pero la más emocionada era Esmeralda, que no los había visto todavía. Si los encontrábamos, iban a ser sus primeros extraterrestres y, quieras que no, eso le flipa a cualquiera.

En ese momento, la voz de nuestra hermana pequeña nos llamó desde el jardín. Nosotros habíamos olvidado completamente lo que nos había dicho en el desayuno, pero, por lo visto, ella no. Además, por su cara de satisfacción cuando nos asomamos, había encontrado la forma de ayudarnos.

Pero ¿cómo?

Enseguida lo íbamos a descubrir.

Sara-Li estaba acompañada de Kay Villenger y otro niño al que no conocíamos. Los tres nos miraban de pie desde el jardín.

Kay y el niño saludaron tímidamente, mientras que nuestra hermana mostraba esa expresión de satisfacción que se le ponía cuando conseguía encontrar la solución de algún problema.

Por si no te acuerdas, Kay era uno de los magos de la orden de Ávalon con los que estaba estudiando Sara-Li.

—No pensaríais que me había olvidado, ¿verdad? —dijo ella mirándonos a Óscar y a mí en cuanto estuvimos todos abajo.

Sonia, Raúl y Esmeralda también nos miraron, pero preguntándose de qué estaba hablando nuestra hermana.

—A ver. Esta mañana, Sara-Li nos ha dicho que igual nos podía ayudar a localizar a… unos amigos, pero ya sabéis cómo es. Se ha puesto en plan misteriosa y no le hemos hecho mucho caso. Ya ni nos acordábamos… —explicó Óscar a Esmeralda, Raúl y Sonia sin mencionar a los cromatitas.

Se suponía que Kay y el otro niño no deberían saber nada de ellos y nosotros tampoco queríamos que todo el mundo se enterara de que existían. Aunque Kay fuera de confianza, no sabíamos quién era ese niño ni por qué estaba allí.

—¡No hay problema! —dijo Sara-Li como si nos estuviera haciendo un favor—. Si no os interesa localizarlos, nos vamos y listo, ¿verdad? —añadió mirando a Kay, que se dio cuenta de que era el típico tira y afloja entre hermanos y, por el momento, no quiso meterse en medio.

—¡Oye, oye! No vayas tan sobrada, que nosotros ya hemos encontrado una forma de localizarlos por nuestra cuenta —dijo Óscar, picado en su orgullo.

En ese momento, Kay se decidió a intervenir.

—Sara-Li nos ha contado lo de los cromatitas —empezó diciendo, pero Óscar le interrumpió increpando a nuestra hermana.

—¡Se supone que era un secreto! Si empezamos a largárselo a todo el mundo, al final alguien va a querer capturarlos. Al menos podías habernos preguntado, ¿no?

—Si no les puedo contar lo que estáis buscando, ¿cómo os van a ayudar a encontrarlo? —argumentó nuestra hermana.

—¡Escuchadme un momento! Igual no es necesario que sigáis peleando —terció Kay invitándonos a todos con un gesto a sentarnos formando un corro sobre la hierba del jardín—. Antes de que Sara-Li me hablara de ellos, nosotros ya los habíamos detectado. Hasta ahora, para nosotros no tenían nombre, solo eran una nueva presencia que se movía por el subsuelo y con la que nunca habíamos coincidido. Cuando Sara-Li me ha contado que ya habéis estado con ellos, me ha sorprendido. Y me ha sorprendido mucho más conocer la historia de cómo llegaron a la Tierra, pero lo que más me ha llamado la atención es que estéis interesados en localizarlos después de tanto tiempo. ¿Por qué? —preguntó sin reservas.

Intercambiamos miradas entre nosotros y después miramos al niño que estaba al lado de Kay y que seguía sin abrir la boca.

Kay interpretó el gesto y al momento nos tranquilizó.

—Él se llama Róber y nos puede ayudar a localizar a «vuestros amigos» —dijo mientras le pasaba un brazo por los hombros—. Podéis hablar tranquilamente.

Después de pensarlo unos segundos, empecé a contar la historia.

—Ayer encontramos un nuevo cometa utilizando el sistema de reconocimiento de imágenes de Óscar en unos ordenadores del colegio —expliqué.

—¿Habéis encontrado un cometa? —preguntó Kay boquiabierto interrumpiendo mi discurso.

—¡Sí! Mi sistema funciona a la perfección. Solo necesitaba un poco de potencia de cálculo —dijo Óscar orgulloso—. Los científicos todavía están intentando determinar su órbita exacta, pero Antonov nos dijo que habían encontrado algunas cosas raras.

—¿Antonov? ¿Sergio Antonov? ¿El astrogeólogo? —preguntó Kay, sorprendido de nuevo. Al parecer, Sara-Li no le había contado esa parte.

—¿Conoces al profesor Antonov? —preguntó Óscar extrañado.

—Hombre, conocer… Creo que ya os ha contado Sara-Li que soy muy aficionado a la astronomía y he coincidido con él en alguno de los cursos que organiza el club —explicó—. ¿Pero qué es eso de «unas cosas raras»?

—El profesor nos dijo que habían registrado cambios en la órbita

imposibles de explicar en un objeto normal —aclaró Sonia—. Buscando posibles explicaciones, se le ocurrió que igual había alguna forma de vida en el cometa que estaba alterando el rumbo y entonces se acordó de los cromatitas. Pensó que quizás ellos también habían hecho algo parecido para llegar a la Tierra y se le ocurrió que preguntarles sería una buena idea.

—¿Preguntarles? Pero ¿puede hablar con ellos? —interrogó Kay, que iba de sorpresa en sorpresa. Estaba claro que Sara-Li se había dejado mucho por contar.

—Él no, pero nosotros sí —respondí—. Cuando estuvimos con ellos, la reina cromatita nos hablaba por telepatía mientras manteníamos el contacto con ella. Y todos los que nos daban la mano a nosotros podían escucharla. Nos contó la historia de su planeta y de su viaje.

—¿Reina cromatita? ¿Historia de su planeta? Vaya, vaya... Creo que me tenéis que contar muchas cosas —dijo Kay, viendo que por cada pregunta que le respondíamos, surgían dos nuevas—. Por cierto, hablando de cometas, creo que alguien me iba a dejar instalar un sistema de reconocimiento de imágenes para detectar asteroides, ¿no? —añadió mirando a mi hermano y sonriendo.

Óscar se sonrojó un poco, pero enseguida reaccionó cambiando de tema.

—¡A ver! ¡Vamos a lo importante! ¿Sabéis dónde están los cromatitas o no? —replicó mi hermano sin responder a la pregunta del mago.

Kay sonrió por la ocurrencia y miró a Róber, que seguía a su lado y que todavía no había dicho nada.

—Sara-Li nos ha contado vuestra idea de los sismógrafos y creo que

Róber puede ayudaros con eso e igual no son necesarios —dijo Kay sin responder tampoco a la pregunta de mi hermano.

—Róber puede «sentir» la Tierra —explicó Sara-Li colocándose a su lado—. Es mucho más potente que un sismógrafo.

—¡Hola! —saludó Róber con timidez—. Yo… creo que ya sé dónde están.

Todos nos quedamos mirando a Róber, sorprendidos por su afirmación. ¿Ya sabía dónde estaban los cromatitas? ¿Así, sin más?

Él se inclinó un poco hacia el centro del corro y con un gesto lento colocó la palma de la mano contra el suelo de hierba. Después cerró los ojos.

Durante el tiempo que pasó hasta que los volvió a abrir, nadie dijo nada.

—¡Han estado aquí antes! —afirmó sorprendido.

—Sí. La primera vez que los sentimos, debían de estar bajo el sótano de nuestra casa —comentó Óscar—. En aquel momento, todavía no sabíamos que eran ellos. Solo pudimos sentir vibraciones extrañas que no sabíamos de dónde venían. Después, el profesor Antonov nos invitó a volver al lugar donde había caído la piedra verde y, gracias a sus investigaciones y a un poco de suerte, encontramos la cueva en la que estaban en aquel momento y pudimos conocerlos.

—La última vez que vimos a algunos de ellos fue en el sótano de nuestra casa un par de días más tarde —añadí—. Después de eso, no habíamos vuelto a pensar en ellos hasta… bueno, hasta hace unos pocos días.

No podía saber si Sara-Li le había contado a Kay algo de nuestros flashazos, pero mejor no mencionábamos el tema por ahora.

—Este lugar está sobre un canal de energía —añadió Róber mirando a Kay—. Eso podría explicar que hayan estado aquí.

Kay asintió.

—Todo eso está muy bien, pero ¿sabéis dónde están o no? —preguntó Óscar apremiante.

El mago permaneció impasible ante la insistencia de mi hermano.

—Enseguida vamos a responder a tu pregunta —declaró con tranquilidad—, pero antes dejadme que os cuente una cosa: vosotros ya conocéis la mansión de la orden —comenzó—. Sin embargo, el edificio que conocéis vosotros está construido sobre un antiguo castillo medieval. Y este, a su vez, se construyó sobre ruinas mucho más antiguas —añadió.

Kay había pasado a hablar con un tono más serio.

—Además, vosotros conocéis solo la parte de arriba. Los pisos superiores —continuó el mago—. Pero bajo esas construcciones, el terreno está totalmente horadado por un sinfín de cuevas y pasadizos que solo conocemos en parte y cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. A la vez, el subsuelo de la Tierra está recorrido por un montón de corrientes de energía, como si fueran ríos muy profundos que de vez en cuando emergen y confluyen en algún lugar formando una especie de nudo de energías telúricas. El terreno sobre el que está construida la mansión es uno de los lugares de confluencia más importantes de esta zona y por eso ha sido elegido durante milenios como una ubicación especial. Los magos hemos sentido y aprovechado esa energía de la Tierra desde siempre, pero muchas otras criaturas, algunas más antiguas que los propios humanos, la han sentido y utilizado también. Aunque lo más sorprendente es que parece que vuestros amigos cromatitas también la pueden sentir a pesar de venir de otro planeta —concluyó Kay, que cedió el testigo a Róber con la mirada para que continuara.

—Los cromatitas no solo parece que pueden sentir esta energía, sino que la están usando como una especie de brújula para moverse —explicó Róber— y ahora mismo se están dirigiendo derechitos hacia la mansión.

Mientras asimilábamos lo que nos acababa de decir Róber, la furgoneta de Antonov aparcó frente a nuestra casa. Si seguía llegando gente, no íbamos a caber en el jardín.

—¡Hola, chicos! —saludó Sergio—. He venido sin avisar. No pensaba que fuerais a estar ocupados —se disculpó mientras echaba una mirada de reojo a Kay y a Róber.

—¡Hola, profesor! —saludamos todos a coro—. Ellos son dos amigos —aclaré señalando al mago y al niño—. Y precisamente estábamos hablando de los cromatitas.

Róber saludó desde el suelo y Kay se levantó y se presentó con un apretón de manos e invitó al profesor a sentarse junto a él abriendo un poco el corro. Antonov no pareció reconocerle.

—Los chicos nos han explicado la idea de los sismógrafos —comenzó a explicar Kay—, pero ahora mismo les estábamos contando que tenemos otra opción para encontrar a los cromatitas.

Pudimos ver la sorpresa dibujada en la cara del profesor al escuchar a Kay hablar con esa familiaridad de nuestros pequeños amigos luminosos. Estaba totalmente descolocado.

—¿Otra opción? ¿Qué opción? ¿Quiénes son ellos? —preguntó el profesor mirándonos a Óscar y a mí como si Kay y Rober no estuvieran allí.

—Nos han pasado unas cuantas cosas desde la aventura con los cromatitas en el Lago de los Osos y algunas igual son un poco… extrañas —añadí sin saber muy bien por dónde empezar a poner al día al profesor—. Descubrimos que Sara-Li era descendiente de una hechicera china y encontramos un colgante que la hechicera había dejado escondido para sus herederos. Desde entonces, Sara-Li tiene poderes «raros».

—¿Poderes raros? ¿Cómo de raros? ¿Tú también eres telépata? —preguntó Antonov mirando directamente Sara-Li.

—No. Sara-Li no es telépata —respondió Óscar adelantándose a nuestra hermana—. Por lo menos, que sepamos, pero parece que tiene otras «facultades» —añadió sin dar más datos.

—¿Otras facultades? ¿Y qué tiene que ver eso con ellos o con localizar a los cromatitas? —preguntó Antonov dejando claro que la explicación no le había convencido mucho.

Kay entendió que era el momento de poner las cartas bocarriba y aclarar la situación.

—Sé que esto te va a sonar un poco raro —confesó Kay—, pero yo pertenezco a la orden de Ávalon. Somos una hermandad de magos y cuando descubrimos que Sara-Li era descendiente de una poderosa hechicera china y que mostraba signos de tener «poderes», la invitamos a estudiar con nosotros para ayudarla a descubrirlos.

Cuando Kay terminó de hablar, se hizo un silencio en el corro y

todos nos quedamos pendientes de la reacción del profesor. Estaba claro que Antonov no era un científico convencional y seguramente ya había visto suficientes cosas extrañas en su vida para no sorprenderse por esto, pero ¿quién sabía cómo podía reaccionar? La mayoría de la gente ni siquiera imaginaba que los magos existieran de verdad.

Después de procesar la información durante unos segundos, el profesor arrancó a hablar.

—¿Magos? ¿Pero magos de verdad…? O sea… No hablamos de «coge una carta y yo la voy a adivinar», ¿verdad? —preguntó con semblante escéptico.

Kay negó con la cabeza mientras le mantenía la mirada sin decir nada y Antonov se lo pensó durante unos segundos más.

—¡Con vosotros, nunca se acaban las sorpresas! —exclamó mientras la expresión seria de su cara daba paso a una ligera sonrisa—. ¡Vale! ¡Tenemos magia! Pero ¿alguien me puede explicar cómo puede ayudar eso para encontrar a los cromatitas?

Sara-Li se adelantó un poco y se sentó frente al profesor. Le hizo un gesto a Róber, que se acercó también.

—Él es Róber. Puede sentir la tierra —le explicó nuestra hermana al profesor—. Puede sentir a los cromatitas y localizarlos. De hecho, ya los había sentido antes de que yo le hablara de ellos a Kay —añadió.

Antonov miró a Róber con curiosidad, pero no dijo nada.

—Hace meses que venía sintiendo una presencia nueva moviéndose por el interior de la Tierra —aclaró Róber—. Lo comenté con Kay, pero no sabíamos qué era.

El profesor movió la cabeza asintiendo ligeramente.

—Quizá es el momento de que la magia y la ciencia trabajen juntas —dijo Kay—. Yo mismo soy un gran aficionado a la astronomía. Me enteré por Sara-Li del proyecto de defensa planetaria y estaría encantado de colaborar. Hasta Óscar me iba a dejar su sistema de reconocimiento de imágenes para la detección de asteroides para instalarlo en los ordenadores de la orden —añadió guiñándole un ojo a mi hermano y volviendo a tender su mano a Antonov.

Sergio devolvió el gesto con una sonrisa y ambos se volvieron a dar un apretón, pero, esta vez, más cordial.

—¿No dijo Arthur C. Clarke que «cualquier ciencia lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia»? —citó el profesor—. Creo que a lo que entendemos lo llamamos ciencia y a lo que no, magia, pero son dos caras de la misma moneda. La magia de hoy será ciencia cuando la comprendamos —añadió.

—Según Róber, los cromatitas están moviéndose en dirección a la mansión —comentó Óscar.

—¿La mansión? —preguntó Antonov.

Ya le hablábamos como si conociera toda la historia y el pobre acababa de aterrizar en el mundo de Ávalon.

—«La mansión» es la casa de nuestra hermandad —aclaró Kay—. Es una larga historia, pero el caso es que está construida sobre un lugar de energía telúrica y muchos canales energéticos que recorren la Tierra acaban en ese punto. Parece que los cromatitas también pueden sentir esos canales y por alguna razón se dirigen hacia allí.

—Y suponiendo que lleguen a la altura de la mansión, ¿cómo vamos a bajar hasta ellos? —preguntó el profesor—. Pueden estar muchos

metros bajo tierra y no creo que suban para saludarnos.

—El subsuelo de la mansión está recorrido por un laberinto de túneles y pasadizos que llegan hasta muy muy profundo. Con un poco de suerte, igual son ellos los que nos encuentran a nosotros —concluyó Kay.

—¡Una cosa! Has dicho que van hacia la mansión —comentó Esmeralda—, pero no sabemos cuándo van a llegar. Igual todavía les quedan meses y para cuando lleguen el cometa nos ha espachurrado a todos.

—¡Espera, espera! ¿Qué es eso de que nos va a espachurrar a todos? —preguntó Róber—. Habéis dicho que habíais encontrado un cometa, pero no que fuera a chocar con la Tierra —añadió asustado.

—¡Tranquilo! Según los cálculos iniciales va a pasar a 95 000 kilómetros de la Tierra —explicó el profesor—, o sea, que aunque en términos astronómicos, es como casi rozarla, no va a chocar con ella. El problema es que cualquier pequeño cambio en la órbita podría hacer que se estrellara —explicó Antonov—. Por eso es importante saber qué está originando los cambios en su rumbo.

—Pero ¿puede ser peligroso… de verdad? —preguntó Róber con miedo en la voz.

—Han calculado que el cometa tiene unos 300 metros de diámetro y que se mueve a 30 000 kilómetros por hora, así que puede ser bastante peligroso. No como para provocar una extinción total, pero sí para destruir una ciudad entera y sus alrededores —explicó Antonov—. Cualquier información que podamos conseguir sobre ese cometa estará ayudando a proteger la Tierra, y si los cromatitas pueden saber algo, hay que hacer todo lo posible por encontrarlos —declaró con firmeza.

—Antes nos has dicho que llegará en dos semanas —comentó Esmeralda—. Si se dirigiera hacia la Tierra, no quedaría tiempo para montar una misión de desvío, ¿verdad?

—Siempre nos quedan los misilazos —dijo Óscar sabiendo lo que le iba a responder el profesor.

—A una distancia tan cercana, sería peor el remedio que la enfermedad porque, aunque se fracturara, la mayoría de los pedazos caerían a la Tierra y en vez de arrasar un solo lugar, arrasarían varios —respondió Antonov.

—¿Y cómo pueden ayudar los cromatitas a que no caiga en la Tierra? —preguntó Raúl, que había estado muy callado escuchando.

—No lo sé —confesó el profesor—. Aunque puedan darnos alguna explicación para los cambios de rumbo, no sé si eso nos va a servir para desviarlo, pero hay que intentarlo de todas formas. Si ese monstruo decide venir hacia la Tierra, habrá que rezar para que no caiga sobre ninguna zona poblada.

—Pues es como si los cromatitas también supieran que les necesitamos —dijo Róber—. Últimamente se desplazan más rápido y están bastante cerca. Si siguen al ritmo al que se están moviendo estos días, creo que llegarán a la mansión hacia el fin de semana —añadió.

—Entonces habrá que darse prisa para preparar el comité de bienvenida, ¿no? ¿Qué tal una visita guiada a la mansión para el sábado? —preguntó Kay abriendo los brazos para abarcarnos a todos —. ¡Se incluye de regalo un encuentro con alienígenas subterráneos! —añadió con una sonrisa.

El sábado por la mañana, Antonov pasó a buscarnos con la furgoneta. En ella venía ya Esmeralda, a la que había ido a buscar primero y todos juntos fuimos a la mansión.

Se notaba en los silencios y en los pocos comentarios que todos estábamos muy nerviosos. Era un nerviosismo «positivo», como el de la noche de Navidad, pero estaba ahí. Y cada uno tenía sus razones. O por lo menos, yo me las imaginaba.

Sara-Li, de alguna forma, iba a mostrarnos «su nuevo mundo», los entresijos del sitio y de las personas con las que había estado conviviendo durante todo este curso y de las que sabíamos muy poco. Es verdad que nos dijeron textualmente que «las puertas de la mansión siempre estarán abiertas para vosotros», pero se entendía que era una forma de hablar y la Orden de Ávalon nos seguía generando mucho respeto.

Aunque el profesor Antonov ya había dicho que la magia solo era ciencia que todavía no entendíamos, creo que lo decía más para convencerse a sí mismo. Había demostrado de sobra que tenía la mente abierta, pero lo que viéramos ese día podía hacer que se tuviera que replantear muchas cosas y eso seguro que no resultaba nada cómodo para un científico. Y creo que también estaba nervioso porque encontrar y hablar con los cromatitas podía ser clave para intentar salvar la Tierra.

Para Raúl, Sonia, Óscar y yo, la idea de poder encontrarnos de nuevo con los cromatitas era muy especial. Era como reencontrarse con un amigo al que creías que no ibas a volver a ver nunca más. Y Óscar y yo, además, teníamos el asunto de los flashazos. Si alguien nos podía dar alguna información sobre ese tema, eran ellos y teníamos que aprovechar la oportunidad para preguntarles.

Pero creo que la que más nerviosa estaba era Esmeralda. Cuando ella se unió a la pandilla, nosotros llevábamos unas cuantas aventuras a nuestras espaldas y eso marcaba una pequeña diferencia. Yo le había contado muchas cosas, pero no es lo mismo escucharlo que vivirlo y yo sabía que conocer en persona a los mismos «bichillos luminosos» con los que ya habíamos estado nosotros era muy importante para ella. Y vivirlo juntos era importante para mí.

Dándole vueltas a estos pensamientos se me pasó en un tris el viaje

hasta la mansión. Cuando aparcamos, Valerius nos estaba esperando en la puerta como le gustaba hacer a él, con Kay y Róber a su lado.

Por si no te acuerdas, Valerius Dassendrong era el gran maestre de la orden y habíamos coincidido con él en un par de aventuras anteriores.

Como siempre, nos saludó efusivamente a todos, incluyendo a Sergio, al que dedicó una bienvenida especial antes de invitarnos a entrar.

Dentro nos aguardaban más reencuentros, porque nos estaban esperando Aurora, la compañera de Valerius, y Eleine, hija de ambos. Y las dos, también compañeras de aventuras.

Valerius nos condujo a todos al gran salón, que nosotros ya conocíamos de otras veces, y nos invitó a tomar asiento para escuchar unas palabras.

—Os doy de nuevo la bienvenida a todos en nombre de la hermandad —comenzó Valerius—. Kay me ha contado todo y puedo sentir vuestro nerviosismo. Os aseguro que también es un día muy especial para nosotros. No es fácil que la ciencia y la magia trabajen juntas en algo y esta gran oportunidad para colaborar unidos se ha puesto en marcha gracias a una idea de vuestra hermana —dijo mirándonos a Óscar y a mí—. Ella solo lleva unos meses con nosotros, pero ya ha dado muestras de que puede hacer grandes cosas.

¿Grandes cosas? ¿Qué cosas? Lo que ella nos había contado a nosotros casi era todo lo contrario.

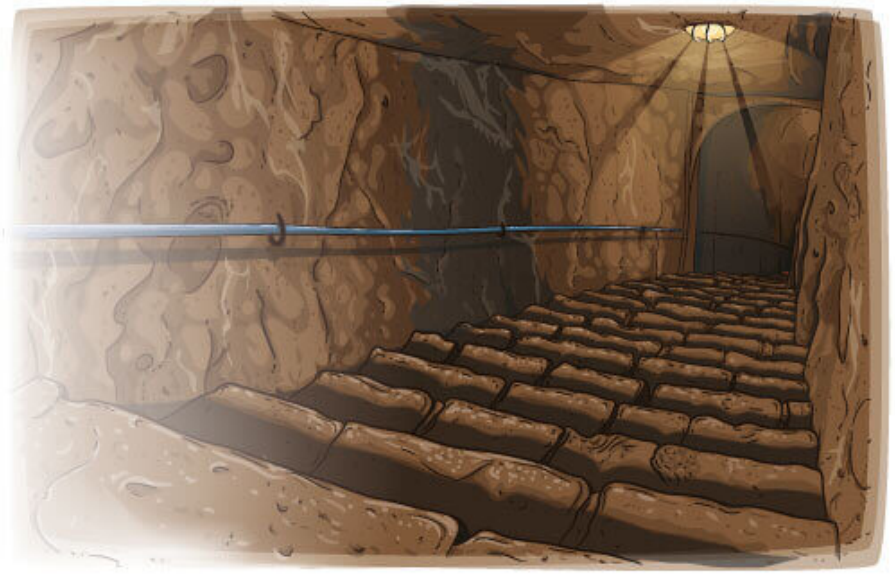
—Hoy vais a ver partes de la mansión que nadie de fuera ha visto jamás y os tengo que rogar la máxima discreción. Sé que puedo contar con ella —dijo Valerius manteniendo una mirada firme que pasó por todos nosotros—. ¡Bien! No os entretengo más, que hay un planeta que salvar. Os dejo con Kay y Róber, que son vuestros anfitriones. ¡Suerte!

Y diciendo esto, se puso en pie y, después de hacer una pequeña reverencia, abandonó el salón.

Kay nos hizo una señal para que le siguiéramos y no le hicimos esperar. Con Róber y Sara-Li a su lado nos condujo por los pasillos de la mansión hasta una puerta con aspecto muy antiguo que no habíamos visto nunca. Abrió usando una llave enorme, que se parecía mucho a otra que tenían nuestros abuelos en la casa del pueblo. Después, empujó la puerta para franquearnos el paso.

Al otro lado había un largo pasillo que al final giraba a la derecha. Las paredes vacías de ese pasaje contrastaban con la recargada decoración de la parte de la mansión que conocíamos. Frente a nosotros, unas escaleras descendían en la oscuridad. Kay pulsó sobre un pequeño interruptor disimulado en la pared y una tenue luz iluminó el camino de descenso del que no se podía ver el final porque

se curvaba ligeramente hacia la derecha.



—Id con cuidado —avisó Kay mientras se colocaba una mochila que estaba apoyada en la pared y que nos había pasado desapercibida—. En esta parte los escalones todavía están bien, pero según bajemos, estarán cada vez más desgastados y húmedos. Y hay que bajar bastante —avisó.

Róber y él se pusieron en cabeza y comenzaron el descenso. Al comienzo, el túnel permitía ir a dos personas juntas, pero enseguida se estrechó y nos tuvimos que poner en fila india y bajar el ritmo de la marcha para mirar bien por dónde pisábamos.

Estuvimos bajando durante bastante tiempo y el silencio era total. Solo se oían nuestra respiración agitada y los pasos en los escalones. De vez en cuando, también el eco de algún gruñido cuando alguien daba un traspiés.

La bajada terminó en una estancia cuadrada de unos cinco metros de lado que parecía excavada en la roca viva y que solo se iluminaba con la luz que llegaba del túnel que acabábamos de recorrer.

Kay se quitó la mochila y sacó de ella un montón de linternas frontales.

—A partir de aquí, no hay iluminación —dijo mientras nos iba pasando las linternas—. Pero no os preocupéis. Todavía estamos en la parte «civilizada» —añadió con una sonrisa.

De la estancia salía otro pasadizo parecido al túnel de descenso, aunque más alto. Cualquier equipo de baloncesto hubiera podido andar por allí sin necesidad de agacharse. El túnel descendía poco a poco en línea recta y de vez en cuando, en lo alto de la pared se podía ver el soporte de una antorcha.

De repente, apareció una bifurcación que dejamos a la derecha. Un poco más adelante, otra, otra y otra más, que íbamos dejando a izquierda y derecha siguiendo a Kay. En aquel momento me di cuenta de que nosotros solos seríamos incapaces de salir de allí. Habíamos girado demasiadas veces para poder recordar el camino.

Mientras le daba vueltas a este inquietante pensamiento, tomamos una bifurcación a la derecha y, después de unos metros, el túnel se ensanchó y fue a morir en una pared de piedra con una enorme puerta de madera labrada con extraños signos sobre ella.

Kay apoyo las manos en dos cabezas que sobresalían del relieve de la puerta y pronunció unas palabras con una voz que no parecía la suya.

La puerta se liberó con un quejido y Kay la empujó para permitirnos entrar a todos. Al otro lado nos esperaba la primera sorpresa de la jornada.

El portón abierto daba paso a una sala enorme comparada con los túneles por los que habíamos llegado hasta allí, pero el aspecto general era el mismo: todo parecía excavado directamente sobre la roca original.

Las paredes eran irregulares, como si no importara que las marcas de la excavación se vieran en ellas.

Pero eso no era lo más flipante.

En el centro de la sala había una enorme mesa redonda. Tenía un aspecto tan imponente que parecía increíble que pudiera estar tallada sobre la misma roca que antes debió de rellenar todo ese espacio.

A su alrededor, doce asientos también tallados en la roca y que parecían emerger del suelo como pequeñas columnas de piedra.

A diferencia del acabado tosco de las paredes, el de la mesa y los asientos era muy trabajado y mostraba formas vegetales que habían sido esculpidas con esmero por sus creadores.

Pero un pequeño detalle no encajaba.

Su tamaño era descomunal.

Incluso para un humano adulto.

Los asientos se acercaban a la altura de una mesa y la mesa nos llegaba casi a la altura del pecho.

Kay nos miraba consciente de nuestro asombro.

—Para ser el vestuario de un equipo de baloncesto, queda un poco lejos de todo, ¿no? —dijo Óscar con ironía mientras se acomodaba de un salto en uno de los asientos.

—Estas cuevas están llenas de secretos —observó Kay mirando a su alrededor—. La mayoría de los túneles por los que hemos pasado no los hemos excavado nosotros. En muchas épocas de la historia, los humanos han compartido la Tierra con otros pueblos. Y cuando los humanos llegamos, la mayoría llevaban en el planeta bastante tiempo. Esta sala fue excavada por uno de esos pueblos. Los llamamos «los antiguos» y en estos túneles hay muchos vestigios de su existencia —explicó Kay—. He pensado que sería un buen lugar para esperar.

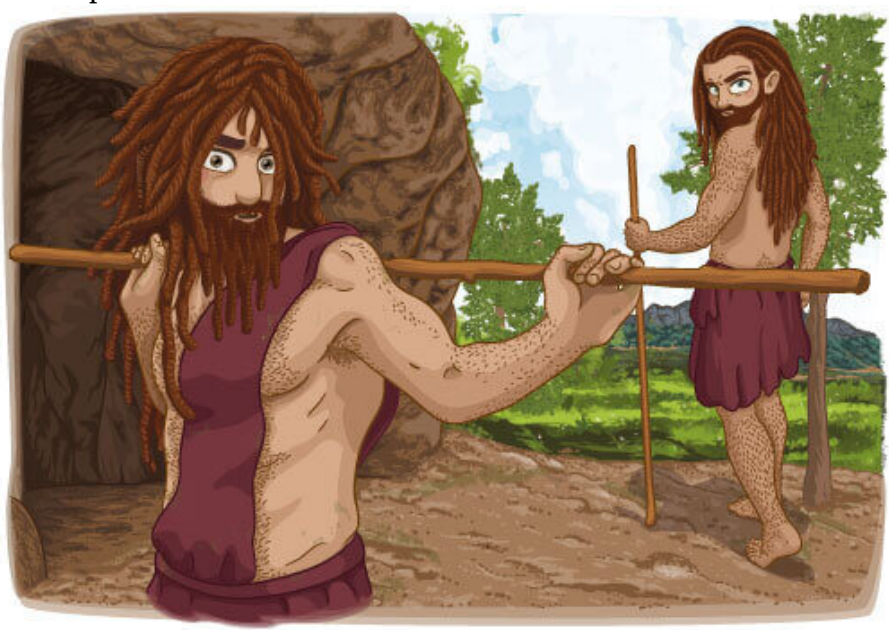
—Pues parece que a «los antiguos» se les fue la mano con el tamaño de esta sala, ¿no? —pregunté mientras me acomodaba también en otro de los enormes asientos. El resto de nosotros se fue sentando también sobre los bloques de piedra.

—No todos esos pueblos tenían el mismo tamaño que nosotros —explicó Kay señalando a su alrededor—. Los antiguos eran seres mucho más grandes que un humano actual y también mucho más fuertes.

—O sea, que las leyendas son ciertas —afirmó Antonov casi para sí mismo—, las que hablan de razas de gigantes que habitaron la Tierra mucho antes que los humanos —añadió mirando a Kay, que asintió en silencio.

—Nosotros los llamamos «los antiguos» porque así lo hemos leído en algunos escritos milenarios, pero tienen diferentes nombres y aspectos en cada lugar de la Tierra: en la Patagonia los llamaron «patagones», en la biblia los llamaron *«nephilim»* o «gentiles» en el País Vasco. —aclaró Kay—. Casi todos los pueblos de la Tierra tienen su leyenda sobre razas de gigantes que vivieron antes que nosotros. Algunos de ellos pueden haber sobrevivido hasta nuestros días. ¿Os suenan de algo el Yeti, el Bigfoot o el Basajaun?

Claro que nos sonaban. Habíamos leído muchas historias y visto muchas películas sobre ellos.



—¿Pero vosotros habéis visto alguno? —preguntó Raúl mientras extendía las manos para apoyarlas sobre el borde de la mesa de piedra.

Kay iba a responder, pero Róber hizo un gesto con la mano y todos nos callamos. Su otra mano estaba apoyada sobre la mesa y su cara mostraba un gesto de concentración con los ojos cerrados.

—¡Hay que moverse! ¡Están cerca! —dijo con seguridad mientras se bajaba del asiento y se dirigía a la puerta.

Kay agarró dos picos que estaban apoyados en una pared en la oscuridad y que imaginé que habrían traído en algún viaje anterior. Uno se lo quedó él y el otro se lo pasó al profesor. El mago enseguida salió detrás de Róber y yo me apresuré a seguir sus pasos. El resto vino detrás de mí. De nuevo empezamos a avanzar por túneles oscuros que de vez en cuando se bifurcaban y que descendían adentrándose cada vez más y más en la tierra. Kay iba dejando marcas en las bifurcaciones, así que imaginé que estábamos entrando en un terreno que para ellos tampoco era demasiado conocido.

Al cabo de un rato, Róber empezó a aflojar el paso y, de vez en cuando, se paraba y colocaba las manos sobre las paredes.

En un momento dado se detuvo del todo y se arrodilló frente al muro izquierdo del túnel, colocó las dos manos en la pared y cerró los ojos.

—Creo que no va a hacer falta cavar —dijo mientras se incorporaba con una sonrisa.

Avanzó despacio unos pasos más, pero ya parecía que no necesitaba apoyar las manos. De repente, nos hizo un gesto para guardar silencio y a los pocos segundos empezamos a escuchar un murmullo cercano.

Era un murmullo familiar: el leve crujido de los cromatitas deshaciendo la piedra. Óscar me dio un codazo y Sonia, Raúl y Sara-Li se acercaron también sonrientes. Hasta Antonov se colocó a nuestro lado. Los seis lo recordábamos perfectamente de las cuevas del Lago de los Osos.

El murmullo fue creciendo y fuimos moviéndonos ligeramente siguiendo la guía del sonido.

Esmeralda se puso a mi lado y me agarró la mano, nerviosa, mientras me sonreía durante un momento. Después volvió la vista a la pared donde el ruido se escuchaba cada vez más claro.

Era como si al otro lado del muro de piedra un montón de gente estuviera intentando abrir un agujero en la roca excavando con una cucharilla.

Los segundos eran eternos y la espera se nos estaba haciendo muy larga. El ruido crecía poco a poco, pero no acababa de aparecer nada.

Todas las linternas enfocaban al punto de la roca donde estábamos escuchando el sonido. Un instante después, Róber se agachó para poner la mano en la pared.

Enseguida se incorporó como si el encuentro fuera inminente y en ese momento un minúsculo punto de luz apareció un poco más arriba de donde teníamos apuntadas las linternas. En pocos segundos creció hasta tener el tamaño de una moneda.

Al instante, nuestros focos apuntaron al hueco y un chillido espeluznante sonó en el túnel.

Entonces, todos los que habíamos estado antes con los cromatitas recordamos una cosa.

—¡Apagad todas las linternas ya! —gritamos a coro.

Por si no te acuerdas, los cromatitas no soportaban la luz del sol ni tampoco nuestras luces artificiales. Lo dejaban claro emitiendo una especie de chillido superdesagradable que usaban para defenderse.

A todos se nos había olvidado por completo, pero en cuanto oímos ese sonido, lo recordamos.

Con las linternas apagadas la oscuridad del túnel era total, excepto por la claridad multicolor que se escapaba del pequeño agujero que iba creciendo poco a poco.

No quisimos ayudar con nuestros picos por miedo a dañar a algunos de los cromatitas que se afanaban en la tarea de agrandar el hueco.

En cuanto fue suficientemente grande, varios de ellos pasaron a nuestro lado como si quisieran saludarnos y, de paso, iluminar nuestra parte del túnel.

Los recuerdos de la aventura bajo el Lago de los Osos volvieron nítidos a mi mente.

Kay y Róber los miraban con la misma cara de asombro que se nos puso a nosotros la primera vez. Habían sentido su presencia, pero no los habían visto. Da igual las veces que te lo cuenten. Hasta que no los tienes delante no te haces a la idea.

Esmeralda, a mi lado, alucinaba en colores. Y nunca mejor dicho. Los cromatitas del comité de bienvenida nos obsequiaban con una sinfonía de tonalidades tranquilas y alegres que consiguió su efecto.

Todos nos colocamos en cuclillas para acercarnos a ellos.

—¡Son increíbles! —dijo Esmeralda que seguía a mi lado—. ¡Mira esos colores cómo cambian! ¡El nombre les viene que ni pintado! ¡No me puedo creer que esté aquí con ellos! —añadió eufórica mientras extendía una mano para que uno de ellos se acercara.

—¡No me los imaginaba así de pequeños! —dijo Róber mientras hacía el mismo gesto con otro—. La energía que transmiten es enorme. ¡Y esa forma de emitir luz es alucinante!

Todos teníamos a algunos de ellos cerca, pero alrededor de Sara-Li se había concentrado un buen número que emitían una combinación de luces un poco diferente. Nuestra hermana incluso tenía a uno de ellos subido en la mano, frente a ella y emitiendo una secuencia de luces totalmente distinta a todos los demás. Casi parecía que se estaban comunicando.

Mientras el grupo de bienvenida nos había mantenido ocupados, el resto de cromatitas había seguido agrandando el agujero y al cabo de un rato ya era suficientemente grande como para que lo pudiéramos atravesar agachados.

Entonces todos los cromatitas que estaban con nosotros se volvieron hacia el hueco y entraron en él. Allí, al otro lado, se quedaron esperando, como animándonos a pasar.

No nos hicimos mucho de rogar y, a cuatro patas, pasamos al otro lado y fuimos avanzando escoltados cada uno por un par de cromatitas que nos iluminaban el camino.

El suelo y las paredes del pequeño túnel estaban llenos de una especie de barro que los cromatitas dejaban en el proceso de consumir la roca y como había que apoyarse con las manos y las rodillas, acabamos bastante pringados.

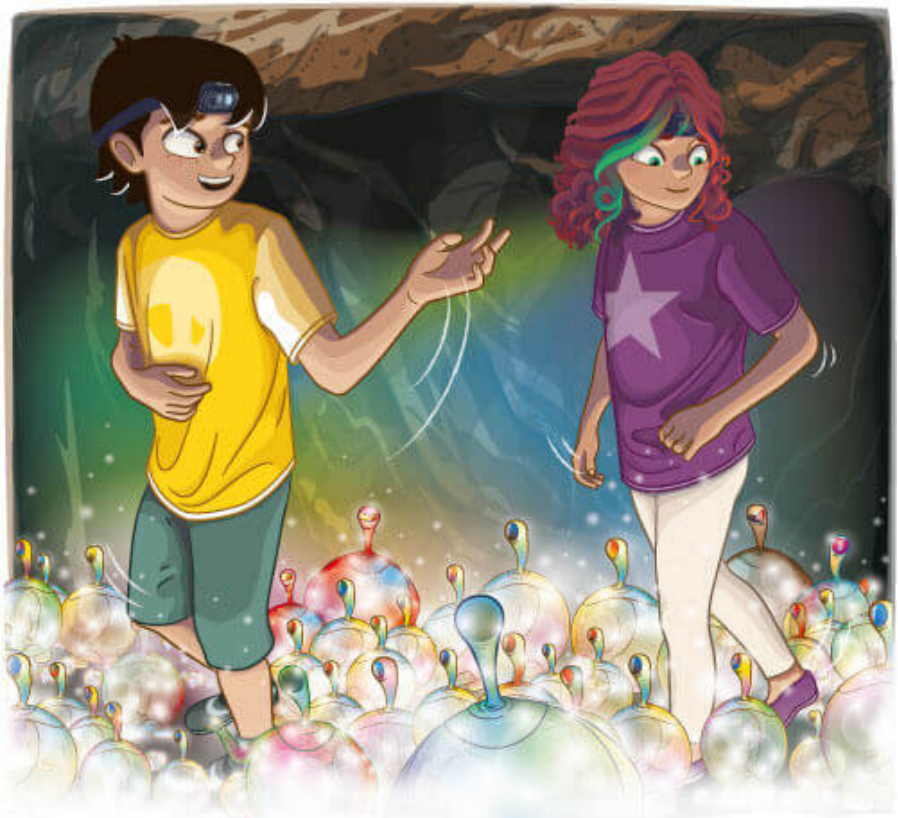
Al cabo de unos cuantos metros, el pequeño túnel desembocó en una galería mucho más grande donde nos esperaban muchos más cromatitas.

La vista de la estancia con el suelo totalmente cubierto por pequeñas bolas de colores que cambiaban sincronizadas era realmente hipnótica.

Cuando Esmeralda emergió del túnel y vio aquello, no pudo evitar volver a alucinar. Me agarró del brazo y se apoyó en mi hombro entusiasmada, como si compartir esa vista la convirtiera en algo todavía más flipante.

Aunque yo ya lo había visto antes, verlo otra vez junto a ella era muy especial y la abracé para tenerla más cerca.

Cuando todos terminamos de llegar a la estancia grande, el grupo de cromatitas que nos había esperado allí se puso en marcha lentamente. Al parecer, todavía no habíamos llegado a nuestro objetivo. O, mejor dicho, al suyo, porque eran ellos los que nos dirigían. Los otros cromatitas que nos habían conducido por el pequeño túnel se fueron colocando entre nosotros para iluminar el camino y algunos de ellos se quedaron cerrando el grupo.



Descendimos durante otro buen rato por las galerías cromatitas y a esas alturas ya no tenía ni idea de en qué posición o a qué profundidad podíamos estar.

Hubo un momento en el que los cromatitas que abrían la marcha cambiaron su secuencia de colores y al poco tiempo llegamos a una pequeña curva que daba a un lugar mucho más iluminado a juzgar por el reflejo que podíamos ver en las paredes.

Era la segunda vez que veía algo así, pero no por eso dejó de fascinarme. Una enorme caverna, mucho más grande que la que habíamos visto bajo el Lago de los Osos, se abría ante nuestros ojos totalmente alfombrada de bolitas de colores que cambiaban con una armonía difícil de explicar.

Contemplé el espectáculo parado durante unos segundos, después miré a Esmeralda y le tomé la mano antes de dar el paso que nos iba a adentrar en ese mundo.

Cuando percibieron nuestra presencia en la boca de la caverna, todos dejaron de hacer lo que fuera que estuvieran haciendo y se volvieron hacia nosotros cambiando visiblemente la iluminación.

En el suelo de la caverna, los cromatitas se fueron apartando y abriendo un pasillo que fuimos recorriendo hasta un extremo de la estancia donde una enorme figura redonda y familiar nos esperaba. Era la reina cromatita.

Como nos ocurrió a nosotros la primera vez que la vimos, Kay y Róber la rodearon observándola en su totalidad. Yo acompañé a Esmeralda para que también la viera por completo. La reina esperó paciente.

Cuando terminó la ceremonia de reconocimiento, Oscar y yo nos situamos frente a ella. Como también nos ocurrió la vez anterior, las antenas que le servían para comunicarse se extendieron, pero para nuestra sorpresa, solo una de ellas se dirigió hacia nosotros. La otra fue hacia Sara-Li, que se había situado a nuestro lado.

Óscar y yo por un lado y Sara-Li por el otro tomamos las antenas en nuestras manos y casi al momento, las palabras y las imágenes empezaron a llegar.

—¡Bienvenidos! —sonó la voz de la reina en nuestras cabezas—. La energía que cuelga de tu cuello se ha mezclado con la energía de este lugar y nos ha traído hasta aquí. Algo ha cambiado en ti —añadió mostrando la cara de nuestra hermana.

Mi hermano enseguida fue al grano.

—Nuestro planeta, y ahora también el vuestro, puede estar en peligro y quizá podáis ayudarnos a salvarlo —explicó de forma telepática—. Han venido con nosotros algunos amigos que quieren hablar contigo —añadió.

—Que todos formen una cadena dándoos las manos —indicó la reina como aquella vez anterior en el Lago de los Osos.

Hicimos el gesto con la mano para que todos se unieran a nosotros y enseguida formamos una cadena humana que empezaba en Óscar y terminaba en Sara-Li por el otro lado. Ellos dos eran los que estaban directamente en contacto con la reina. Todos cerramos los ojos.

La reina volvió a saludar y algunos gestos de asombro al escuchar su voz en nuestras cabezas fueron evidentes.

—Habéis tenido que recorrer un largo camino para llegar hasta aquí. Nosotros también llevamos bastante tiempo moviéndonos en esta dirección —comentó—. Ahora que nos hemos reunido, vamos a aprovechar el momento. ¿Qué queréis saber? —preguntó la reina.

De fondo solo se escuchaba el murmullo del trabajo de los cromatitas que habían vuelto a sus tareas, pero en la cabeza de todos comenzó a sonar la voz de Antonov.

—Un cometa se dirige hacia la Tierra con cierto riesgo de colisión. Cuando hemos tratado de calcular su órbita, hemos detectado algunos cambios de rumbo que no son posibles en condiciones normales. Como vosotros también llegasteis en una piedra, hemos pensado que teníais alguna forma de controlar la trayectoria del asteroide en el que vinisteis.

La reina se mantuvo en silencio durante unos segundos en los cuales pensé que igual no había escuchado las palabras del profesor. Pero sí las había escuchado y enseguida nos llegó su respuesta.

—Es verdad que hemos desarrollado la forma de tener cierto control sobre el rumbo de las piedras en las que viajamos —comenzó a explicar la reina—. Para poder sobrevivir sobre las rocas asumimos la

forma de una pequeña espora con una cubierta especial que nos protege de la radiación del espacio, pero que también tiene otra propiedad: esta cubierta puede absorber calor cuando recibe luz y lo puede retener hasta soltarlo cuando sea necesario. De esta forma se puede hacer que el asteroide gire sobre sí mismo y, aprovechando este giro, se puede tomar el calor en una posición y soltarlo en otra haciendo que vaya variando poco a poco el rumbo —añadió.

Creo que la mayoría no entendimos la explicación, yo por lo menos, pero, al parecer, al profesor no le había sonado nada mal porque sonreía abiertamente.

—La luz de vuestra estrella proporciona suficiente energía para usar este efecto mientras el cometa no entre en la sombra de la Tierra —siguió explicando la reina—. Si creéis que hay «alguien» viajando en ese cometa y queréis ayudarle a variar el rumbo, tenéis que enviarle toda la luz que podáis —añadió.

—¡Eso puede ser! —dijo Antonov emocionado sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—En nuestro planeta de origen, las diferentes reinas de cada colmena tenían la facultad de mantenerse conectadas telepáticamente. Después de escapar del final de nuestro sistema, nos diseminamos por el espacio, pero nos hemos mantenido conectadas. Muchas de nosotras hemos conocido nuevas formas de vida y sabemos que algunas de ellas usan este sistema para viajar por el espacio —explicó.

—¡Tengo que comprobar todo esto cuanto antes! —dijo el profesor muy alterado—. ¡Muchas gracias, pero tenemos que irnos! ¡No hay tiempo que perder! —añadió en nuestra cadena telepática antes de soltar la mano y romperla.

Los demás fueron soltándose también, aunque a regañadientes. Cuando estás hablando con un ser de otro planeta que, además, está en contacto con muchos otros seres como él, te pasarías el día haciéndole preguntas. Pero en aquel momento, eso no era una prioridad para el profesor. De nada servía saber mucho de otros planetas si el nuestro corría el riesgo de desaparecer.

Antes de que nosotros tres también nos soltáramos, la reina nos dedicó su mensaje final.

—Los tres habéis evolucionado y puedo sentirlo perfectamente. Vosotros dos habéis experimentado el poder de la luz para defenderos —dijo la reina mostrando las caras de Óscar y mía—. Tened paciencia hasta que lo controléis, pero puede salvaros en muchas situaciones. Tú también has crecido y puedo sentir un gran poder dentro de ti —dijo mostrando la cara de nuestra hermana—. No tengas prisa porque estás en el sitio adecuado. Creo que vamos a estar por aquí algún tiempo. Si queréis volver, aquí nos encontraréis —añadió solemne.

Me pareció que el resto ya había abandonado la cueva volviendo sobre nuestros pasos y que solo los tres estábamos allí en compañía de la reina y los cromatitas. Estábamos a punto de soltarnos nosotros

también para iniciar el camino de vuelta cuando un último pensamiento de la reina nos llegó a la mente.

—Cuando nos conocimos y estuvimos bajo vuestra casa, identificamos un tipo de energía especial que no supimos reconocer en aquel momento —explicó la reina—. Ahora la hemos vuelto a sentir al acercarnos a este sitio. Aunque los tres habéis evolucionado, no sois ninguno de vosotros y tampoco es la energía de la Tierra que nos ha traído hasta aquí. Es otro tipo de energía que ya nos había visitado en nuestro planeta antes de ser destruido. Era de un pueblo que tenía poder sobre la roca y que también estaba buscando otro hogar. Y algo de ellos está muy cerca —añadió.

No teníamos ni idea de a qué se estaba refiriendo. ¿Otro tipo de energía? ¿Otro pueblo que estaba buscando un hogar? ¿De qué iba esto?

Al principio, pensamos que igual aquello tenía sentido para nuestra hermana, pero ella también puso cara de no saber de qué estaba hablando la reina y, en ese momento, no teníamos la cabeza para acertijos.

Cuando por fin soltamos las manos y abrimos los ojos, no estábamos solos como yo había pensado. Esmeralda se había quedado a mi lado esperando para regresar los cuatro juntos. Su mirada tenía un brillo especial. Yo sabía que haber compartido juntos esta experiencia era muy importante, pero había algo más.

La sonrisa más bonita del mundo se colocó frente a mí y mis ojos se cerraron a la vez que sus labios se acercaban a los míos. Ese instante con el que tantas veces había soñado se hizo realidad allí y, según me contaron luego Óscar y Sara-Li, los cromatitas que nos rodeaban se pusieron a emitir unas luces especiales como si pudieran percibir nuestros sentimientos.

Después de unos segundos eternos, nos separamos lentamente a la vez que abríamos los ojos, sin ninguna prisa por volver a la realidad y encontrarnos con las caras de mis hermanos, que nos miraban con descaro.

Me daba igual.

Como si hubiera estado esperando a que termináramos, la reina extendió de nuevo las dos antenas, pero esta vez las dirigió solamente hacia nuestra hermana, que las agarró sorprendida.

Permanecieron así durante unos segundos en los que solo Sara-Li pudo escuchar lo que la reina tuviera que decirle. Finalmente, nuestra hermana relajó la expresión y se soltó de las antenas con suavidad. Un momento después hizo un pequeño saludo con la cabeza a la reina antes de iniciar la marcha de regreso.

¿Qué le habría contado?

Sara-Li esquivó nuestras miradas curiosas y se puso en marcha sin

decir nada.

Algunos cromatitas nos escoltaron hasta el túnel principal y allí se despidieron con una de sus sinfonías de colores.

Podíamos ver el resplandor lejano de las linternas de nuestros amigos y escuchar el eco sordo de alguna conversación, pero por lo demás, la oscuridad nos rodeaba y, por prudencia, no encendimos nuestras linternas hasta que la luz de los cromatitas desapareció del todo.

Pero, al parecer, nuestra presencia y la de los cromatitas no era la única.

Enseguida íbamos a comprobar que había otros seres mucho más peligrosos en aquellos túneles. Cuando nos quisimos dar cuenta, estábamos totalmente rodeados.

A cualquier lugar de nuestro alrededor que apuntáramos las linternas, el círculo de luz nos devolvía la misma imagen: un montón de criaturas alargadas parecidas a unos ciempiés enormes pero con las pinzas y el aguijón de un escorpión. Algunos tenían más de treinta centímetros.

Hicimos el amago de echar a correr hacia donde se supone que estaban nuestros compañeros, pero al momento nos cerraron el paso. Daba la sensación de que la luz les molestaba un poco porque se movían rápido cuando les daba, pero no parecía que eso les asustara demasiado.

Nos agrupamos en el centro del túnel sin mucho margen de movimiento mientras los bichos seguían descendiendo por la pared y acercándose poco a poco. Más que rodearnos, parecía que nos querían empujar hacia el interior del túnel, en dirección contraria a la que habíamos recorrido al venir.

Intentamos ahuyentarlos a puntapiés, pero por cada uno que apartábamos, llegaban diez más.

No teníamos ni idea de si aquellos bichos eran venenosos, pero pronto lo íbamos a averiguar porque las primeras filas del montón que nos rodeaba ya estaban casi rozándonos con el aguijón en posición de ataque.

Todos nos apretamos unos contra otros y Esmeralda me agarró del brazo.

Las luces de nuestros amigos ya no se veían y sus voces apenas se oían.

—¡Socorro, ayuda! —gritó Sara-Li en un arranque de lucidez. ¿Por qué no habíamos pedido ayuda desde el primer momento?

—¡Socorrooo! —nos pusimos a gritar todos a coro mientras algunos de esos bichos se atrevían ya a corretear sobre nuestros pies y teníamos que apartarlos a patadas. Era cuestión de tiempo que alguno nos acabara picando.

Entonces, sobre los gritos de auxilio se elevó la voz de mi hermano con autoridad.

—¡Cerrad los ojos! —gritó—. ¡Ahora!

Y al instante, incluso con los ojos cerrados, sentí dos flashazos que llenaron el túnel.

Cuando abrí los ojos y miré a mi alrededor el escenario había cambiado.

La mayoría de los bichos huían veloces por el túnel en dirección contraria a por donde habíamos venido y los pocos que aún quedaban a nuestro alrededor permanecían inmóviles, como si estuvieran muertos.

A los pocos segundos apareció Kay corriendo por el túnel y todos los demás le seguían.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido ese fogonazo? —preguntó.

Como respuesta, movimos el foco de las linternas hacia el suelo, apuntando a los pocos bichos que habían quedado a nuestros pies.

—¡Vaya! ¡Creo que son «ciencorpiones de las cavernas»! —exclamó Kay sorprendido mientras se agachaba al lado de uno de los cuerpos y lo examinaba—. ¡Qué raro! Hacía mucho tiempo que no sabíamos de ellos. ¿Vosotros habéis hecho esto? —preguntó Kay señalando a los bichos dispersos por el suelo.

Antonov se agachó a su lado para observarlos de cerca, pero enseguida se debió de acordar de que teníamos un planeta que salvar y otra vez nos metió prisa a todos.

La prisa de Antonov nos salvó de explicar lo que había pasado en el túnel. ¿Mi hermano había conseguido dominar los flashazos para usarlos a voluntad? ¿Era eso lo que había pasado?

La vuelta fue muy animada, comentando entre nosotros todos los

acontecimientos del día, pero Antonov estaba pensativo y casi no participó de la conversación. Yo no quise sacar el tema de los flashazos y esperé hasta la noche para comentarlo tranquilamente.

Esa noche, estaba claro que dormir no era para nada nuestra prioridad.

—¡Ha sido flipante! —comencé en cuanto estuvimos cada uno en nuestra cama.

—¿Cuál de todas las cosas? —preguntó Óscar en plan irónico.

Era verdad que habían pasado tantas que era difícil elegir una de ellas. Ver de nuevo a los cromatitas había sido muy especial, pero el ataque de los ciencorpiones y los flashazos de Óscar había sido lo más alucinante.

—¿Por qué no me habías dicho que ya controlabas los flashazos? —pregunté después de un rato de silencio.

—Es que no los controlaba —dijo él, con calma.

En ese momento, la puerta se abrió y Sara-Li entró en la habitación cerrando tras ella.

—Hoy nos habéis salvado —dijo nada más sentarse en el suelo entre nuestras camas.

—¡Ha sido Óscar! —aseguré—. Yo no he hecho nada, aparte de gritar y dar alguna patada.

—Se supone que no sabíais usarlo —dijo nuestra hermana con tranquilidad—. ¿Qué ha pasado?

—¡No lo sé! En esto me pasa como a ti. Si ahora quisiera repetirlo, no sabría cómo hacerlo, pero en ese momento he actuado sin pensar —respondió mi hermano—. Será que al decirnos la reina que había notado nuestro nuevo poder me ha dado confianza. Mañana mismo me pongo a entrenar —añadió.

—Espero que la información de la reina le sirva para algo al profesor, aunque solo por recorrer los túneles y reencontrarnos con los cromatitas ya ha sido flipante —señalé—. Es increíble pensar en todas las cosas que no sabemos del universo y del mundo y que muchas de ellas estarán escondidas en las profundidades.

—Mis amigos y yo habíamos entrado alguna vez en los túneles, pero solo en la parte más cercana a la mansión —comentó Sara-Li—. Nunca habíamos llegado tan abajo. Cuando les cuente lo que hemos hecho, van a flipar.

En ese momento, Óscar y yo tuvimos el mismo pensamiento, pero él habló primero:

—El otro día, en la cueva, te conectaste con la reina cuando ya nos habíamos soltado nosotros. ¿Te contó algo… interesante? —preguntó Óscar usando el tono más suave del que era capaz para intentar que nuestra hermana no se cerrara en banda.

Sara-Li se tomó su tiempo antes de responder:

—A vosotros también os dio un mensaje personal en el Lago de los Osos, ¿verdad? Y yo nunca os he preguntado por eso. Tranquilos, que no es nada de lo que tengáis que preocuparos. Todo llegará a su tiempo —concluyó con seguridad.

Todavía estuvimos un rato más hablando de otras cosas hasta que el cansancio empezó a hacer su efecto y Sara-Li se quedó a dormir en nuestra habitación.

Nuestra vida volvió a la normalidad y pasamos varios días sin saber nada del profesor, pero una tarde, se presentó en el Área 51 con un montón de noticias.

Por un lado, el cometa había sido confirmado y había recibido el nombre de «2023-NB-Óscar». El «cometa Óscar» para los amigos.

Por otro, nos contó que, tal y como había explicado la reina cromatita, existía un efecto llamado «efecto Yarkovsky» que permitía acelerar o frenar un asteroide controlando la luz que absorbía o emitía, o sea, que había algo en ese asteroide que estaba usando ese efecto para controlar su rumbo. Podía ser que algo vivo estuviera viajando en el cometa, pero también podía ser algún efecto físico desconocido.

El profesor nos contó que habían usado todos los espejos de varias granjas solares para dirigirlos hacia el asteroide y suministrarle más

luz. No sabía seguro si había sido por eso, pero el cometa había variado su rumbo para alejarse más de la Tierra.

Otro misterio más para la colección.

Además, habían puesto en marcha un grupo de investigación para ver cómo usar este efecto para desviar asteroides en el futuro. Algo es algo.

Y por fin, la mejor noticia de todas. Con esta variación de rumbo, se confirmó que el cometa Óscar no iba a chocar contra la Tierra.

—Si hay algo que lo está dirigiendo, parece que ha elegido un nuevo destino —dijo Sergio con una sonrisa.

—¿Un nuevo destino? —preguntó Óscar preocupado por su cometa.

—Es un destino más… rojizo —comentó el profesor con un poco de misterio.

—¿El cometa va hacia Marte? —preguntó Esmeralda, que la había pillado a la primera.

—¡Pues sí! ¡Premio para la señorita! —dijo Antonov bromeando—. Y si no hay ningún nuevo cambio de trayectoria, es probable que caiga en el cráter Jezero —añadió como si el sitio tuviera que sonarnos de algo.

Y la verdad es que sonar, me sonaba.

—¿Ese no es el cráter donde aterrizó el Perseverance? —preguntó Sonia.

—¡Pues sí, premio otra vez! —respondió el profesor—. Si hay algún bicho dirigiendo ese cometa, tiene muy buen ojo eligiendo el punto de amartizaje. Si tenemos suerte y no le cae encima al róver, igual en unos meses hasta podemos hacer una visita a los restos de tu cometa y comprobar si algún nuevo bicho se está paseando por Marte —añadió mirando a Óscar.

Después de un rato más de charla, el profesor se despidió y nuestras vidas volvieron a la normalidad.

A los pocos días se celebró la fiesta de fin de curso en el cole y la vivimos como nunca. El curso había terminado, la Tierra no corría peligro y volvíamos a tener todo un verano por delante para disfrutar de amigos y aventuras. ¿Qué más podíamos pedir?

Habíamos vivido tantas cosas que las últimas vacaciones de verano parecían muy lejanas, pero solo había pasado un año desde que fuimos por primera vez al Lago de los Osos y todo comenzó. Un año desde que vimos caer la piedra verde y un año desde que escuchamos nuestras primeras palabras por telepatía.

Ahora las vacaciones empezaban de nuevo.

Pero este año nada era igual.

Nosotros no éramos los mismos.

Y estaba Esmeralda.

También el profesor.

Sara-Li y los magos, que escondían un montón de secretos.

Y todos los misterios del mundo esperando a que los descubriéramos.

¿Vienes con nosotros?

¡Gracias por leernos!

Si quieres conocer más detalles de la colección y estar a la última de todas las novedades, suscríbete a nuestra lista de correo:

www.txanoyoscar.com/lista-de-correo

También puedes seguirnos en nuestras redes sociales

www.facebook.com/txanoyoscar

www.twitter.com/txanoyoscar

www.instagram.com/txanoyoscar

www.tiktok.com/@txanoyoscar

www.youtube.com/c/txanoyoscar

www.pinterest.com/txanoyoscar

julioypatri@txanoyoscar.com

www.txanoyoscar.com

¡Otros libros de la colección!

La piedra verde

(Txano y Óscar nº1)

Nuestra vida era bastante normalita hasta que nos topamos con una extraña piedra verde llegada del espacio.
¿Vienes a descubrirla con nosotros?

(www.txanoyoscar.com/la-piedra-verde)

¡Otros libros de la colección!

Operación Sabueso

(Txano y Óscar nº2)

Unas extrañas desapariciones de perros y un cuartel general. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?
¡Estás a punto de descubrirlo!

(www.txanoyoscar.com/operacion-sabueso)

¡Otros libros de la colección!

El dragón de jade

(Txano y Óscar nº3)

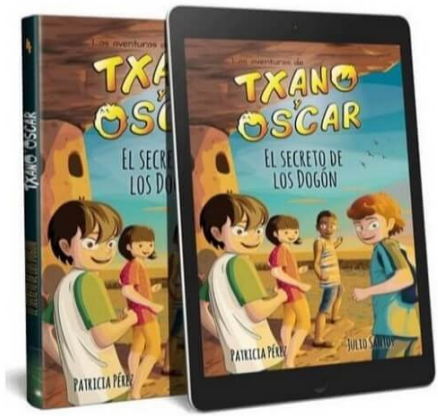
Un dragón olvidado, una leyenda alucinante y un increíble misterio que llevaba 800 años esperando.
¿Te apuntas a la aventura?

(www.txanoyoscar.com/el-dragon-de-jade)

¡Otros libros de la colección!

El secreto de los dogón

(Txano y Óscar nº4)



Un viaje a África en familia, una civilización perdida y una cueva que no debía ser encontrada.
¿Vienes con nosotros a descubrirlo?

(www.txanoyoscar.com/el-secreto-de-los-dogon)

¡Otros libros de la colección!

El conjuro escarlata

(Txano y Óscar nº5)

Una misteriosa hermandad de magos custodia un peligroso amuleto que puede destruir el mundo.
¿Nos ayudas a salvarlo?

(www.txanoyoscar.com/el-conjuro-escarlata)

¡Otros libros de la colección!

Los vecinos subterráneos

(Txano y Óscar nº6)

El meteorito que cambió nuestra vida tenía otro increíble secreto que no podíamos ni imaginar.
¿Quieres descubrirlo tú también?

(www.txanoyoscar.com/los-vecinos-subterraneos)

¡Otros libros de la colección!

La tumba del emperador tigre

(Txano y Óscar nº7)

El secreto más alucinante de la arqueología moderna está a punto de ser desvelado
¿Te imaginas quiénes son sus descubridores?

(www.txanoyoscar.com/la-tumba-del-emperador-tigre)

¡Otros libros de la colección!

La doble águila

(Txano y Óscar nº8)

Un corral en ruinas, un viejo diario y un sorprendente tesoro. Una combinación irresistible para los últimos días de vacaciones.
¿Te animas?

(www.txanoyoscar.com/la-doble-aguila)

¡Otros libros de la colección!

Misión Aurora

(Txano y Óscar nº9)

Un ajedrez muy especial, una extraña visión de Sara-Li y una mujer desaparecida. El misterio estaba servido nada más comenzar el curso. ¿Vienes?

(www.txanoyoscar.com/mision-aurora)

¡Otros libros de la colección!

La jaula de cristal

(Txano y Óscar nº10)

Una visita al delfinario de la ciudad, un descubrimiento inquietante y unos animales que necesitaban nuestra ayuda.
¿Tú que hubieras hecho?

(www.txanoyoscar.com/la-jaula-de-cristal)

¡Otros libros de la colección!

Un abrazo para SUSI

(Txano y Óscar nº11)

Un torneo escolar de Robosumo, un robot alucinante y una misteriosa desaparición que no era lo que parecía.
¿Lo resolvemos juntos?

(www.txanoyoscar.com/un-abrazo-para-susi)

© Copyright 2023 **Julio Santos García & Patricia Pérez Redondo**
© Texto: **Julio Santos García, 2023**
© Ilustraciones: **Patricia Pérez Redondo, 2023**
Corrección de textos: **Correcciones Ramos**
Maquetación y diseño: **Julio Santos & Patricia Pérez**

Título: **Ojos en el cielo**
Colección: **Las aventuras de Txano y Óscar**
Número: **12**

ISBN: **978-84-18875-61-8**

www.txanoyoscar.com
julioypatri@txanoyoscar.com
Xarpa Books

Obra registrada en SafeCreative
Reservados todos los derechos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.